

The background of the cover is a painting in shades of blue and black. It depicts two children sitting on a grassy hill at night, looking down at a small town with lights visible in the distance. The sky is dark blue with some white specks representing stars or distant lights. The overall mood is contemplative and serene.

PILAR LOZANO

Era como
mi sombra


ALFAGUARA

**PILAR
LOZANO**

**Era
como
mi
sombra**


ALFAGUARA

A las niñas, niños y jóvenes que han vivido el horror de la guerra.

UNO

El día que mataron a Martínez, Julián estaba al pie mío. Así fue desde pequeños: era como mi sombra. Tanto que me sentía solo cuando no lo tenía cerca. Daba un paso y él iba detrás, tomaba una decisión y él la seguía como si fuera suya. Ese día quedó amarrado al piso, como yo; después echó a correr, como yo.

Fue un viernes muy de mañana. Bajábamos dando brincos por la loma. Íbamos a ayudar a arriar un ganado arisco. Un grito nos frenó en seco:

—¡Martínez! ¡Alto ahí!

Martínez subía por la misma pendiente. Vimos sus ojos desorbitados. El traquetazo de los tres tiros, el sonido sordo del cuerpo al desplomarse y la mancha roja empapando su uniforme verde... todo ocurrió en un solo instante.

Aguanté la mirada fría y desafiante del matón clavada en mi cara. Me santigué y seguí paralizado, como si hubiera echado raíces.

«El siguiente tiro —pensé— es para mí».

Cuando el asesino dio la vuelta y huyó monte arriba, sin mirar atrás, sin decir palabra, como si nada, pegamos carrera como almas en pena. Así, espantados, seguimos nuestro camino.

Fue mi primer encuentro con la muerte. Por eso no lo olvido. Tenía apenas seis años.

Al atardecer regresamos al pueblo. Subimos por el potrero jugando a las zancadillas, aún con la cara del finado pegada en los ojos. Había lluvia y sol al mismo tiempo. Ni cuenta nos dimos del momento en que se formó el arcoíris.

Lo encontramos frente a frente: la pata estaba ahí, plantada como una columna de colores. Porque la pata del arcoíris es así: ancha, luminosa. Me pareció asustadora, como la muerte.

«No se debe mirar esa pata, que nace en los charcos que deja la lluvia, porque se queman las vistas», era el decir de mi abuela.

Si no es por Julián, que me tiró del brazo y me obligó a pasar, yo estaría aún ahí, convertido en estatua. Crucé a ciegas, apreté duro los ojos.

Ese día conocí dos miedos y, sin decirlo, sellé con Julián un pacto de amistad irrompible, como promesa a la Virgen. Jamás le conté a nadie cuánto me aterraba la pata del arcoíris; para mí era una vergüenza.

Allá nos tropezamos con ella varias veces. Él me ayudaba a disimular para que los compañeros no se burlaran de mí, no me llamaran gallina. Cerraba los ojos o alzaba el fusil hasta taparme la

cara.

Si no íbamos de afán, Julián peleaba con su timidez y me ayudaba a embolatar a todos con alguna tontería. Cuando se borraban los colores, seguíamos la marcha tranquilos.

El día que rompí ese pacto de amistad con Julián se me acomodó la angustia en todo el cuerpo.

DOS

Julián y yo nacimos en el mismo pueblo, un pueblo de montaña, de una sola calle larga. Lo que se levanta en esa calle parece seguro; lo demás cuelga a lado y lado, como agarrado de la nada. La cantina, los billares, la tienda de Manuel, la escuela y la iglesia —a la que de cuando en cuando iba un cura— son lo único importante. Realmente no es más que un caserío. Bueno, al menos era así hasta la última vez que pudimos ir.

Yo vivía en un extremo de la calle larga; Julián, en una de las casas del desfiladero, justo al lado del matadero. Por delante, la casa tenía un piso; por detrás, tres. La sostenían varas de guadua. Siempre temí que se fuera a desbarrancar.

El sábado, día de sacrificar los animales, madrugábamos a ayudar. Nos acomodábamos a lavar el menudo o la tripa y a cambio nos regalaban un pedazo para llevar a la casa. Aprovechábamos también para tomar sangre cocinada de la res. La pasábamos con arepa para aguantar el sabor, daba fuerza.

Entre sacrificio y sacrificio, sucios de sangre, nos echábamos al piso a jugar canicas, a tirar trompo. En esas la pasábamos. Julián me ganaba jugando bocholo y piquicuarta. Siempre cargaba una canica negra en el bolsillo, su preferida, su mara. Yo era campeón haciendo bailar el trompo en la palma de la mano.

Así fuimos creciendo.

Yo entré a la escuela, Julián no. Vivía con su abuela, su mamá enferma y una hermana. Era buena gente: mantenía haciendo mandados, favores a cambio de alguna moneda... que si ir por agua al pozo, que si recoger ropa mojada, que si correr a buscar velas cada vez que se iba la luz.

Los domingos salían los cuatro a pedir limosna.

Se crio como el más pobre de los pobres. Los zapatos que le conocí en el pueblo parecían un colador de tanto agujero. Estrenó su primer par cuando estábamos *allá*: unas botas de caucho. Era feliz persiguiendo charcos para sentir con orgullo que no se le empapaban las medias.

Entre semana, cuando yo salía de la escuela, íbamos a trabajar en lo que cayera: cargando leña, cargando camiones. Así nos acostumbremos desde pequeños. Nos echábamos esos bultos de naranja como de dos arrobas a la espalda y por una tabla trepábamos al camión.

Al comienzo fue difícil. Me temblaban las piernas, el mismo temblor de la tabla con mis pasos. Pero fue lo que nos hizo fuertes, capaces después de cargar una R-15 y ta-ta--ta-ta... hacerla tronar sin que nos echara al suelo.

Y nos atacó un antojo al mismo tiempo: tener bicicleta. Mi tío Pedro, que fue como mi papá porque el mío propio lo dejé de ver desde pequeño, nos propuso irnos con él adonde había una buena cosecha de café.

—¿Quieren bicicleta? —nos preguntó—. ¡Alisten los chiros! ¡Nos vamos a trabajar!

Dejé los estudios unos meses y fuimos a recoger café. Nunca había llegado a salir tan lejos. La finca quedaba a unas siete horas de la casa. Resultaba bonito ver esas montañas forradas de distintos verdes: los cafetales nuevos, como claritos; los viejos, de un verde oscuro, envejecido.

El viaje fue tan largo que llegué enfermo. Pero como siempre he sido guapo para el trabajo, terminé cogiendo dos cargas yo solito. Avanzábamos a la par con Julián por dos surcos seguidos. Al comienzo nos resbalábamos por ese terreno empinado, pero pronto aprendimos a amarrarnos del suelo o de las ramas del cafetal.

Ahora que conozco tantos paisajes, pienso que el del café es uno de los más bellos. Cuando florece, todo parece un algodonal perfumado. Es bonito también ver la cereza del café, el grano engruesado y rojito.

Regresamos. Me compré una cicla cromada de segunda, linda.

Julián tuvo que renunciar a su sueño: encontró a la abuela enferma, tirada en la cama. Lo ganado se le fue en remedios. De nada sirvieron los cuidados. Se fue apagando. Empezó a hablar incoherencias:

—¡No han lavado los caballos! —se despertaba gritando. Ella, que nunca tuvo nada...

A los pocos días murió.

Mi bicicleta, entonces, fue siempre de los dos. Como muchas otras cosas. Julián, por lo repobre, no tenía nada. Nos turnábamos —uno pedaleando, otro en la barra— y bajábamos al río.

Dejábamos la bicicleta recostada a un palo de pomarroso y trepábamos a la rama más alta. Quedábamos abrigados de las miradas, escondidos. El pomarroso es de copa redonda. Las flores no dan la cara; crecen adentro, como si le tuvieran miedo al sol. Por eso me gusta.

Les echábamos ojo a las muchachas que iban a lavar ropa o a bañarse. Yo miraba y comentaba. Julián miraba sin hablar; era fastidioso su silencio. Luego bajábamos y hacíamos una fogata, y en una lata de sardinas echábamos manteca y bregábamos a fritar papas. ¡Nos las comíamos casi crudas!

Los gallos también nos unieron. Pegadito a mi casa vivía un criador de gallos finos. Mantenía una cuerda de diez o quince de estos animales.

—¡Pelados, vengan, ayuden! —nos gritaba a veces, y nosotros, contentos.

Aprendimos a corretear esos animales por un espacio estrecho; así se usa para que cojan fuerza. Nos volvimos hábiles para sujetarlos por la cola, pasarlos de una mano a otra por entre las piernas. Conocimos los secretos del correteo y el careo, para el que se escoge el gallo más malo de la cuerda.

Si había pelea, llegábamos de primeros. La gallera era pequeña: apenas un anillo de tablas y en

el centro, el arenal, para las riñas. Casaban hasta cuatro peleas por noche.

A los aficionados, como mi tío Pedro, los miraba uno intranquilos. Volteaban aquí, allá, como si quisieran descargar los nervios en algún rincón. Llegaban elegantes, enzapatados; algunos con bolsas llenas de billetes para negociar apuestas.

En las peleas todo el mundo empuja, grita: «¡Cincuenta al tuerto!», «¡Yo le voy ochenta!», «¡Dale duro al saraviado!». Corre el aguardiente, la cerveza. Uno se marea viendo cómo se picotean con odio esos animales, mientras las tablas crujen con tanto alboroto. El revuelo de plumas, espuelas y crestas dura hasta que alguno cae derrotado.

Julián dejaba a un lado ese modo de ser tan apagado y gritaba entusiasmado: «¡Píquele, píquele!». Y puyaba como si fuera entrenador: «¡Mátalo! ¡Tírale! ¡Cobarde, no te dejes matar!». A ratos golpeaba sus manos con angustia o cerraba los ojos para no mirar, como si el gallo fuera suyo, o él fuera su preparador. Actuaba como buen gallero: ¡enamorado!

Ese era su destino.

En sueños lo he visto convertido en gallero, de los auténticos, de los que prefieren morir de hambre a negarle a su gallo un puñado de maíz. De esos que predicán y aplican: a los gallos hay que cuidarlos mejor que a un cristiano.

La vida pasaba; nosotros, calle arriba, calle abajo por el pueblo. Algunos se burlaban de vernos tan amigos. Yo siempre iba adelante; él, detrás.

No importó que fuéramos distintos por dentro y por fuera. Él, unos meses mayor, más alto, más acuerpado. No tenía ningún rasgo destacado en la cara, ni un gesto que lo hiciera único. Pero yo sabía que en él todo era especial. Y creo entender por qué: la mamá lo metía de cabeza en la alberca cuando se portaba mal. Lo dejó atontado. El trato de ella con él fue siempre así, grosero.

Por eso, por dentro, el más fuerte de los dos era yo. Siempre me ha gustado pensar y pensar las cosas, darles vueltas y enderezarlas, al menos en la mente.

Julián se acostumbró a escucharme, aprobaba todo sin chistar, con esa risa ronca tan suya. Hablaba poco, le bastaban mis palabras. A veces me molestaba que no me contradijera, que no me ayudara a buscarle explicación a lo que no entendía, y me atormentaba.

En eso siempre me dejó solo.

TRES

De la figura de mi papá no me acuerdo. Se largó después de la golpiza que le dio a mi mamá en un ataque de celos. Tenía cinco años, vi todo. Aumentaban los golpes y los gritos y yo me iba escurriendo, pegado a la pared hasta quedar acurrucado en un rincón del cuarto.

Fue corto mi tiempo con él, pero muchas las muendas que me dio con una mulera, de esas de arriería. La entorchaba como un látigo y me cascaba. Una vez nos encerró con mi mamá en la casa. Tuvo que venir la policía a rescatarnos.

Solo guardo un recuerdo bonito: cuando me llevaba al trapiche y yo me revolcaba en la melaza. Aprendí a gatear y a caminar ahí, enmelocotado.

Bebía mucho, tanto que cuando una tía no quiso darle plata para cerveza, él amenazó con prenderle candela a todo. Me lo contó la abuela. A ella le incomodaban mis preguntas sobre mi padre. «Mi mayor desgracia», la escuché decir un día. Cuando él se fue, ella y mi tío Pedro se mudaron con nosotros.

Mi mamá, al poco tiempo, empezó a trabajar de cocinera en unos cultivos nuevos que echaron a crecer en esas montañas. Nos visitaba de cuando en cuando.

Un parecido con Julián: nos criamos sin papá, con el cariño de las abuelas.

Con la abuela y el tío la vida me cambió. Antes no alcanzaba ni para medio desayuno; con ellos, al menos, no faltaban el almuerzo y el estudio. Pero seguía siendo poco.

Me empecé a pegar más a mi tío y me alejé más de mi hermano. Con él nunca me entendí. Es cinco años mayor y muy ventajoso. Mantenía regañándome. Juraba que hacía las cosas mejor que yo.

Mi casa tenía una sola puerta: la que daba a la calle. Entre el salón y los dos cuartos había sábanas colgadas de puntillas, separando los espacios. Empecé a compartir cuarto con el tío. De noche nos daban las once escuchando en la radio *La hora del tango*. Así se entretenía.

Era alto y delgado. De la altura mía hoy, pero tres veces más ágil. Creo que por haber prestado servicio cuando joven.

Le decían El Cura, por lo calvo; solo unos pelitos por acá, unos pelitos por allá, pero era cerrado de barba: una barba mona, crespa. Los brazos los tenía bien velludos.

Su bigote era espeso, le tapaba por completo el labio de arriba. Con esa manía de llevar el sombrero caído sobre la nariz. Si uno lo miraba con susto, como lo hacía yo cuando se ponía bravo, solo veía sombrero y bigote.

Me acostumbré a recorrer las lomas que rodeaban el caserío agarrado de los ramales del machete que cargaba a la cintura. No encontré otra manera de seguirle el paso a este hombre que reemplazó a mi papá. ¡Tenía un andar tan ligero!

Si iba de jornalero, yo iba detrás, con el fiambre. Si iba de cacería, le seguía los pasos como perro faldero. Con paciencia se encargó de afinarme la puntería. Estaba en segundo, en la escuela, cuando me dejó disparar solo.

—Tome, chino —me dijo y me pasó una escopeta larga, finita. Esa era la forma de tratarme él a mí: seco, pero afectuoso.

Y como yo siempre iba con Julián detrás, los dos se fueron acercando.

Una tarde de cacería mi tío Pedro mató un armadillo. La carne de ese animal es sabrosa. Cuando apareció otro bicho, yo le pedí quemar un tiro. Tengo guardada en mi mente su respuesta:

—Si le pega al blanco, le consigo una escopeta solo para usted.

Así fue como conseguí mi primer fierro. Pequeño, elegante.

Con mi tío me sentía a salvo: era un hombre seguro que no se dejaba amilanar por nada ni por nadie. Después de un tiempo de vivir con él, supe por casualidad que escondía un secreto.

Ocurrió una tarde de esas como aperezadas por el calor del día. Aparecieron por debajo de las puertas de todas las casas del pueblo unas hojas impresas, misteriosas. Mi abuela me las rapó cuando yo apenas había alcanzado a ojearlas.

—Muestre para acá, mijo, eso no es para usted.

Me molesté. Me fastidiaba que me trataran como a un peladito. Entré corriendo al cuarto y me estrellé contra la única mesa que había en la casa, una mesa añosa trepada en cuñas que le permitían mantener el equilibrio sobre el piso disparejo de tierra.

Del golpe, cayeron viejas bolsas plásticas llenas de papeles que mi tío amontonaba sobre la mesa. De una de ellas asomó una manotada de esos volantes misteriosos. Alcancé a ver que empezaban con un llamado escrito en tinta roja y letra grande:

Los invitamos a construir una sociedad nueva.

¡El poder para el pueblo!

Mi tío estaba sentado en una silla recostada contra la pared. Notó mi sorpresa. Antes de que yo preguntara algo, me convidó a su lado:

—Venga, chino. —Y arrimó un taburete al pie suyo. Con su mano nudosa, color tierra, recogió el sudor que le escurría por la frente y de un manotazo lo lanzó lejos. Después me puso la mano en la cabeza y me revolcó el pelo. La única caricia que recibí de él.

Y como si necesitara tiempo para pensar lo que iba a decir, mi tío sacó un cigarrillo del

bolsillo de su camisa y lo fumó lentamente. Tiró la colilla al piso, la aplastó con el pie, dejó que sus brazos cayeran pesadamente a lado y lado de la silla y habló.

Me contó que se había encontrado a un grupo de «muchachos» —así llamábamos a los guerrilleros— y que ellos le habían entregado unos estatutos que resumían sus ideas. Le gustaron los planteamientos: hablaban de libertad y de luchar contra las injusticias, de hacer algo para no dejar el mundo tal y como lo encontramos. Leyó todo de un tirón. Lo convencieron.

No confesó mucho más esa tarde. Salvo que había que darle una vuelta a las cosas porque todo estaba patas arriba. Creyó que soltarme la verdad de un solo golpe podría confundirme.

Pero quedé aturdido; mi cabeza de niño convertida en un enredo de preguntas. Cada movimiento de él empezó a tener para mí un significado nuevo. Me volví observador: lo miraba leer y me ingeniaba la manera de hurgar luego en esos escritos.

Así, brujeando, me fui enterando de sus cosas. Supe lo que planeaban: abrirle espacio a un grupo guerrillero distinto al que mandaba en ese momento en el pueblo. Mi tío mantenía rabioso con ellos desde el día que organizaron un paro y un poco de yuca que había comprado para negociar se pudrió, no pudo sacarla ni a caballo.

Pensar en otro grupo no me alarmaba. Estábamos acostumbrados a ver desfilar todo tipo de leyes: que un día una guerrilla, que al siguiente otra, que un mes el ejército o la policía, y enseguida los paracos. El pueblo pasaba de una mano a otra sin que nosotros pudiéramos hacer nada. Mi abuela sí se quejaba:

—Quiero una única ley. No me importa cuál sea, pero que sea un solo patrón y a ese nos acogemos —repetía cada vez que nos invadía un grupo nuevo para imponer su parecer y sus mañas—. Esto se va a poner feo —profetizaba cuando el pueblo se llenaba de rumores. Para ella eran anuncio de tiempos peores.

En esos días se le hundían los ojos, se le veía clarita la amargura. No contestaba cuando uno le hablaba. Pasaba horas y horas al pie del fogón haciéndose la ocupada.

La muerte de Martínez y los runrunes que cargaron el pueblo de zozobra fueron el anuncio de la llegada de la guerrilla que desbancó, tiempo después, al grupo de mi tío. Julián y yo éramos muy niños, pero tengo frescos los detalles.

El cielo estaba lleno de nubes rosadas de atardecer de verano. Jugábamos en la calle, frente a la casa, con Julián y otros amigos de la gallada. De un momento a otro empezaron a bolear los tiros. Llovían plomo y granadas. Buscamos refugio en los cuartos.

Mi mamá, que estaba sentada en la puerta, golpeándose las piernas para espantar los mosquitos que a esa hora forman como nubes, también se refugió. Ella, una mujer calmada, estaba desesperada. Llamaba a gritos a mi hermano. ¡El pobre se había escondido debajo de una cama como corderito asustado!

Fue la primera toma que me tocó en la vida. He presenciado muchas: unas al lado de los civiles, otras al lado de los armados. Más duro en la civil: después de tanta bala, demora un rato

en aparecer la vida de nuevo en las calles.

Primero salen los hombres: revisan hasta debajo de las piedras por si a los armados se les embolató algo y lo dejaron por ahí refundido. Después los niños y las niñas, curiosos, con ganas de verlo todo. A la final, las mujeres. Ellas conocen eso de cuidar la vida.

Como ya sabía su secreto, mi tío empezó, poco a poco, a encomendarme favores. Si había policía en el pueblo, yo me encargaba de entrar las armas: escondía la pistola debajo del ala de una gallina o me inventaba otro truco. A él lo requisaban y no le encontraban nada. Yo lo esperaba más abajo y se la entregaba. La primera vez tuve tiempo de sobra; me puse a mirar la pistola por lado y lado. Hasta traté de quitarle un mugre que la afeaba. Era finita, pero muy pesada.

Las tareas fueron cada vez más complicadas. Si alguien avisaba que el ejército iba a entrar, corría a esconder el armamento que tuviera encaletado mi tío en la casa. No sé si mi abuela sabía. Nunca dejaba que uno se asomara a sus pensamientos.

El secreto me unió más a él. Sufría cuando salía de misión. ¡Me atacaba una nostalgia! Me paraba en la puerta y lo veía alejarse hasta que su figura se borraba en medio de ese montón de arrugas de las montañas. Cuando lo perdía de vista, me daba la lloradera.

Tenía miedo de que algo malo le pasara, que le echaran mano, que nunca más lo volviera a ver. Sin saber qué hacer para tapar la tristeza, me encerraba para llorar al escondido.

Pero regresaba. Y regresaba lleno de libros, papeles, periódicos; se perdía en ellos. Se sentaba en la sala debajo del único bombillo de la casa. Cuando la vecina amanecía con la piedra afuera y no nos vendía la luz, se metía en el cuarto, se tiraba en la estera que servía de cama y leía hasta tarde con la luz de una vela.

Pronto compartí con Julián el secreto del tío Pedro. Andando como andaba detrás de mí, resultaba imposible ocultarlo. Desde que lo supo, fuimos dos los compañeros de andanzas de mi tío.

Por su culpa pasamos más de un susto gordo en esos tiempos. Una vez el ejército le seguía los pasos. No sé por qué le había dado por usar una cachucha grande, llamativa. Lo requisaron, pero gracias a Dios él ya había escondido el revólver.

Yo me había quedado atrás con Julián. Bajábamos tranquilos con una calibre 12, buena para la cacería. Me quedé quieto, pero los soldados nos alcanzaron a ver y nos cerraron el paso.

—¡Oigan, ustedes, pelados!, ¿qué hacen con ese cañón? —gritó uno de ellos.

Se acercaron y dele que dele con la preguntadera:

—¿Han visto a la guerrilla? ¿Han visto algo sospechoso? ¿Gente extraña?

—No —contesté a toditas. Julián, como siempre, se quedó callado.

—¿Podemos quemar un tiro? —preguntaron, guardando el tono agresivo.

Yo, bien entrenado para responder si me los encontraba, dije que sí y les entregué el arma.

Dispararon al aire y, como escupiendo sonrisas, lanzaron un consejo:

—¡Váyanse! Y ojo, no se metan con gente rara.

Continuamos nuestro camino.

Al tío Pedro lo seguíamos a todos lados, hasta al billar, el que quedaba en la plaza, el más bulloso, el que más le gustaba. Mientras se concentraba en sus carambolas, me pasaba el arma y yo la escondía debajo del poncho.

Permanecíamos vigilantes. Chequeábamos quién entraba, quién lo miraba con desconfianza, quién se le arrimaba. Y entre tanto, tocaba el revólver, lo acariciaba.

Cuando no había riesgo, se lo pasaba a Julián y lo detallábamos embobados. Era niquelado, brillante, elegante.

Creo que de ahí me empezó a nacer ese gusto por lo que es el armamento; el que no tiene que ver con la cacería.

Algunas veces, entre tacada y tacada, afuera se hacía de día. Salíamos del billar cuando la neblina borraba el horizonte. Caminábamos despacio, sin afán, por la calle larga hasta la casa. Bonito ver cómo la neblina iba subiendo, dejando al descubierto colinas y montañas.

Con el tío aprendimos también los primeros trucos para un buen trabajo de inteligencia. La primera vez que lo acompañamos a una misión de espionaje teníamos como nueve años.

Llegamos temprano al lugar. Julián apenas me seguía y me ayudaba en el remedo de estar entretenidos en cualquier juego. Así nadie sospechaba si nos veía dar dos, tres vueltas por la misma calle. Memorizábamos detalles; no se podía ir por ahí con un cuaderno en la mano tomando nota.

Ya en la casa, mi tío juntaba en un dibujo lo recordado por él, lo recordado por mí y lo poco que decía Julián. Y armaba la maqueta, el plano completo del lugar. Las fichas más importantes iban en rojo: la entidad bancaria, la iglesia, el puesto de policía, con sus trincheras hechas de costales llenos de arena.

Lo más interesante venía después. Sentarnos alrededor de la maqueta mientras él, en voz alta, hacía cálculos e imaginaba cómo iba a suceder todo: dónde se podían plantar grupos de hostigamiento, por cuál punto resultaba fácil entrar y sorprender al objetivo, por dónde la retirada sería más segura. Todo se planea, nada se improvisa.

Julián y yo escuchábamos boquiabiertos. Mi tío hablaba como para él mismo, como si nosotros dejáramos de existir. A ratos se veía nervioso, se quitaba el sombrero, se lo volvía a acomodar, se paraba, daba vueltas con su cigarrillo encendido.

Esos momentos me afinaron como estratega. Aún tengo memorizadas las calles de varios caseríos.

Así se nos fueron los nueve, los diez, los once años. No sé cuántas veces en esos tiempos nos dio por querer ser de los armados. Cogíamos un camino y empezábamos a correr como militares. Cuando nos cansábamos, nos echábamos en el potrero y yo preguntaba en voz alta:

—¿Será que un día estamos así, cargados de armamento?

Julián no decía nada.

Entonces ninguno de los dos pensaba en serio que se iba a dar. Al rato volvíamos a un sueño compartido: crecer rápido para convertirnos en maquinistas, el trabajo anhelado por muchos niños en mi tierra. Hasta hoy, con los aguaceros, viene el derrumbe, se tapan los caminos y el caserío queda incomunicado. Los maquinistas solucionan el problema. Son importantes, todos los quieren. Yo fantaseaba con la retro; Julián, con la volqueta de frenos de aire.

CUATRO

Un domingo, día de mercado, la vida me cambió. Y fue un día alegre al comienzo. Eran las ferias del pueblo y la plaza estaba llena de tenderetes donde ofrecían todo tipo de cachivaches.

Había también camiones de esos que les levantan la carpa y se convierten en tiendas. De ganchos y cuerdas colgaban ollas, platos, vestidos, calzoncillos, calzones de todos los colores.

En una esquina se instaló un adivino con su loro parado en una estaca y al lado una caja colorida repleta de papeletas de la fortuna.

—¡Solo dos mil pesos! ¡Dos mil pesitos y sabrá su futuro! —gritaba para atraer curiosos.

Es cosa de mujeres, sí, pero me antojé y le pedí dinero a mi tío.

Le di el billete al adivino, él lo guardó en su bolsillo y se agachó para decir algo al oído del loro. Luego le empujó suavemente una pata y el animal sacó con el pico una de las papeletas.

Memoricé lo que decía: «La suerte, como de costumbre, está de su lado. Pero deberá poner mucho esfuerzo de su parte para que las cosas que están a punto de realizarse no se desbaraten».

Le creí, ¡estaba más contento! No mentaba siquiera la posibilidad de que algo malo o feo pudiera pasar. Quedé tan feliz que no le paré bolas a los presagios de la abuela.

—¡Válgame Dios!, algo malo va a pasar, una tragedia, una enfermedad —dijo ella cuando al mediodía miramos al cielo y ahí, como un redondel perfecto, apareció el arcoíris; y justo en el centro brillaba el sol. Luego me miró fijo y agregó—: Señales en el cielo, tragedia en la tierra. — Se persignó y se encerró en la casa.

Como a las cinco de la tarde los campesinos, con sus mercados cargados en mulas y caballos, se preparaban para regresar a sus fincas.

En esas aparecieron hombres armados y uniformados. No eran del grupo de mi tío. Entraron a las cantinas y a los billares a hacer requisa. Quitaron navajas y machetes. A la gente del campo no le falta nunca su machete.

Mi tío observaba sin decir nada. Pero se le subió la sangre a la cabeza cuando les dio por ordenarles a los que estaban ya acomodados en un bus escalera que se bajaran para una requisa.

—¡Hermano, no jodan así a la población civil! —dijo y se plantó desafiante frente al que daba las órdenes. Le vi la mirada endemoniada.

Hubo un silencio de esos que cortan hasta el resuello. Sabíamos que no se juega con los que llevan armas. Dos amigos se acercaron a mi tío, trataron de aplacarlo y casi arrastrado lo entraron al billar. Me pareció raro que le gritó al cantinero:

—Tres cervezas para nosotros y otra para el pelado. —Él nunca me daba trago. Y le pagó también cerveza a otro conocido que estaba ahí.

—No, compadre, no puedo. Estoy tomando medicinas.

—Tómesela por mí, es la última que le ofrezco —alegó mi tío.

Me asusté. Ahora yo digo: uno presiente la muerte sea como sea.

Bebimos en silencio. Cuando terminamos, salimos y caminamos calle arriba hacia la parte alta del pueblo. Pasamos por la casa de los padrinos y él se despidió con un cariño que sonó especial.

Media cuadra más arriba, no sé de dónde, aparecieron los hombres armados de la discusión y volvieron a enredarse en palabras con mi tío.

Vi a mi mamá que venía subiendo detrás de nosotros. Hacía poco se había instalado otra vez en el pueblo con su nuevo marido.

Empezaron los disparos al aire. Todo mundo salió corriendo; mi tío se quedó ahí, en la alegadera. Me escondí detrás de un poste. Mi mamá se acercó más y alcancé a escucharla suplicar con voz lastimera:

—No le hagan nada, él tiene familia por quién responder...

Fue como darles veneno. Empezaron a disparar como enloquecidos. Y yo, mirando todo... quieto, sin poder hacer nada. El pulso, de lo mismo fuerte, me formó un vacío en el pecho. Sentí que me inyectaban a un mismo tiempo ira y dolor en la sangre. Pesaba más el dolor, pienso ahora. Sentí como si me destrozaran el corazón a mordiscos cuando lo vi caer, doblado.

Cuando los matones salieron corriendo, dejé el escondite y me acuclillé al lado de mi tío. Ahí estaba ya acurrucada mi mamá, con la cabeza entre las manos, sofocada en lágrimas.

Me arrimé más. Él se quedó mirándome con esos ojos de niño grande que tenía. Trató de hablarme, pero no logró armar una palabra. Se volteó, cruzó el pie derecho sobre el izquierdo y quedó ahí.

Aún lo veo con su vestido dominguero, todo de blanco, con sus botas Brahma negras, originales.

A mi mamá y a mí solo nos salieron palabras torpes cuando tratamos de consolarnos —ella a mí, yo a ella—, enredados en un abrazo.

Cuando me paré, vi a Julián en una esquina. Me arropó con la mirada. Julián, el único que no salió espantado cuando empezaron los disparos al aire para alejar a los fisgones. Se había encariñado con mi tío y mi tío con él. En las Navidades mi tío siempre lo convidaba:

—Venga, chino, a esta casa sí llega el Niño Dios.

Y no sé de dónde sacaba regalos para los dos. Un diciembre, que estaba pelado, nos armó con cajas viejas de bocadillos y latas de cervezas un par de camiones. Eso jamás lo olvido.

Corrí a la casa como alma que lleva el diablo, a contarle lo ocurrido a la abuela. Me dejó hablar entre ahogos y llantos. Cuando terminé, enrolló una punta de su delantal, me secó las lágrimas y me limpió los mocos pegados en las mejillas. Arrimó una banca, se sentó, me acercó

agarrándome de los dos brazos y me miró con esa mirada de ella, tan penetrante, a la que yo temía cuando estaba enojada.

Cuando pensé que se iba a echar a llorar porque mi tío era su consentido —tenía apenas 37 años—, me preguntó con una tranquilidad que llegó a asustarme:

—Mijo, dígame una cosa: ¿su tío sufrió para morir? —No dijo más. Vi el luto en su mirada.

Con el tiempo logré comprenderla: si uno vive en medio de la guerra, es un lujo soltar lágrimas por sus muertos.

Por primera vez en la vida, esa noche, lloré sin pensar que era señal de cobardía.

CINCO

Mi tío murió un 15 de octubre. El 18 de noviembre fue el último día de escuela. Pasaba a sexto. Terminamos clases y, en la tarde, con unos compañeros montamos una reunión.

Comenzaba un nuevo camino para cada uno de nosotros. Los que podían continuar el bachillerato se iban al pueblo cercano; o más lejos, con algún familiar. Los que, como yo, la teníamos difícil, estábamos desorientados, sin salida, colgados del aire.

Al rato me ganó la desilusión: sin mi tío, sin estudio, ¿qué haría? Me senté en el piso y poco faltó para ponerme a llorar. Pero ya era ducho en retener las lágrimas. Lo hacía por orgullo. Me paré con la disculpa de ir a buscar cerveza. No quería que me vieran en ese estado de achante.

Bajé a la plaza, entré a la cantina, pedí cerveza, y Eduardo, el empleado, me respondió altanero:

—¡Ni porque venga el mismo comandante guerrillero le vendo trago a un pelado como usted!

No dije nada. Salí ofendido y rabiando. Guardé esa humillación junto a otras que había aguantado.

La Navidad fue muy triste. El Año Nuevo también. El pueblo no se llenó de gente ni de alegría como en otros diciembres. No llegó nadie; un moridero.

Para espantar el aburrimiento Julián y yo nos dedicamos a perseguir comadreja. Son raterísimas, se comen pollos, gallinas, huevos... Y muy fregadas, se esconden en los árboles cuando se sienten perseguidas. Pero, bien preparada, esa carne sabe rico. Se quita toda la piel, se bota lejos porque es asquerosa, apesta, y se sancocha la carne con bastante cebolla.

En esos días mi abuela nos empezó a regalar los huevos de La Colorada, su gallina ponedora preferida. Lo hizo por puro cariño, tal vez de vernos tan aplanchados.

—Vayan a ver que encuentran —nos decía.

Corríamos al patio, buscábamos en el nido y huevo que topábamos lo cambiábamos en la tienda por una Bon Bon Bum. Al comienzo nos turnábamos: una para Julián, una para mí.

Pero como la vida nos estaba enseñando ya a fijarnos con otros ojos en las mujeres, las Bon Bon Bum las empezamos a cambiar por besos con las peladas del pueblo. Bueno, lo hice yo; Julián nunca se atrevió. Cuando tenía en frente a la muchacha, le entraba una risita zonga y a la final el beso lo daba yo.

Pronto los huevos de La Colorada no alcanzaron. «¿Y si nos colamos a los patios ajenos y robamos huevos?», se nos ocurrió entonces.

Entrábamos de noche, arrastrándonos, pegados al suelo como culebras, como lo hicimos muchas veces *allá* huyendo de las balas; como lo hicimos en las prácticas, cuando nos dejaban apenas en calzoncillos y con el cuerpo tiznado de carbón y nos tocaba, apoyados en brazos y manos, avanzar arrastrándonos hasta simular que nos tomábamos un sitio sin que nadie nos escuchara.

Una tarde, ya terminando enero, estábamos en casa de unos parientes, entretenidos viendo una película en televisión, cuando de repente entró Mario gritando:

—¡Oigan, vengan! ¡Llegaron unos muchachos!

Salimos corriendo a ver quiénes eran. Vi a José y a otro conocido. Habían estado en el velorio y el entierro de mi tío acompañando a mi abuela. No los había vuelto a ver desde entonces.

Pasamos el resto del día con ellos, jugando billar. Ya en la noche me convidaron:

—¿Qué hace por ahí perdiendo el tiempo, hermano? Venga con nosotros. Su tío se pondría feliz allá en el cielo.

Les puse cuidado, pero no respondí. Lo de mi tío era mentira. Él sí me enredó en el mundo de la guerra, no lo niego, pero siempre me motivó al estudio. Jamás ni un chiste insinuando que me armara. Se afanó, eso sí, en enseñarme secretos para hacerme más llevadera la vida que me tocó en el campo.

Nunca olvido: una tarde regresábamos del trabajo de jornaleros, yo detrás con las cajas del fiambre vacías, cuando de repente me invitó a sentarme debajo de un palo de samán. Recostó la espalda en el tronco, dobló las piernas, sacó su cigarrillo, fumó como si nada lo afanara.

—Los árboles hablan —dijo como para él mismo.

—¿Qué? —dije extrañado.

—Sí, hablan. Solo hay que aprender a escucharlos.

Me invitó a echarme y a mirar las hojas, grandes, verdes, y los rayos del sol tratando de colarse entre ellas como si fueran candelillas, luciérnagas. Y me explicó sin que yo preguntara:

—El canto de las chicharras anuncia lluvias o sequías, las hojas de los árboles traen y llevan mensajes de lo que ocurre en otros lugares, de tragedias o de los tiempos que se avecinan.

Desde ese día, muchas veces me invitó a escuchar sus palabras, para mí, cargadas de sabiduría. Me gustaba su voz cuando decía esas cosas. No me atrevía a interrumpirlo.

Una tarde, sentados bajo un árbol de esos de raíces grandes que brotan de la tierra como garras de animal gigante, me dijo mirándome fijo a los ojos:

—Si usted es estudiado, sabe las respuestas a todas las preguntas. No se quede bruto como yo, que por eso mantengo enredado. No se le ocurra nunca seguir el camino que tomé yo.

Solo una vez se le salió, sin querer, creo:

—Estoy en lo que estoy y nunca puedo salirme.

Sí, él nunca me encaminó a la guerra. Pero me quedó dando vueltas la invitación de los muchachos. Era cierto: me la pasaba callejeando con Julián. ¿Qué tal que me diera por el vicio?

Mis planes de seguir estudiando ya no existían. ¿Quién me podía dar lo de la matrícula, los cuadernos, mantenerme en otro pueblo? La tenía clara, el estudio se había jodido.

Un porrazo duro: en las charlas con mi tío llegué a ilusionarme con ser ingeniero, médico, mejor dicho, un profesional; comprarle una casa a la abuela con vacas y gallinas suficientes para que nunca más pasara angustias por falta de comida.

Mi tío era el que veía por nosotros. Muerto él, quedamos sentados en el vacío. Guatila, chachafruto, ahuyama y, si había, huevo al desayuno, al almuerzo y a la comida. No volvimos a mirar el arroz.

Empecé a añorar el día domingo. Bajaban los campesinos del páramo y, a cambio de dejarlos guardar los aparejos, le daban a mi abuela queso y harina. En la noche comíamos colada de harina de trigo con queso picado. Una delicia.

Una semana después busqué a los muchachos.

—Me voy con ustedes —les dije.

Reuní a mis mejores amigos: Julián, Mario y Andrés, mi compañero de pupitre, y les conté mis planes. No sentí la tentación de convidarlos.

Julián no comentó nada; normal. Noté, eso sí, una sombra triste en su cara. Sentí un vacío. Nos íbamos a separar. Para él resultaba impensable dejar a la mamá, a su hermana. Mario, de una, dijo que se iba conmigo. Como yo, él se había quedado sin camino en la vida.

Andrés no me guardó el secreto. El chisme se regó como pólvora en Navidad. No sé por qué confié en él, era un bocón. La mañana siguiente, muy temprano, llegaron varios compañeros a despertarme.

—No te vayas, tienes que seguir estudiando. Tú eres el mejor, no la embarres —repetían y repetían mientras me zarandeaban.

Los dejé hablar; al final, solo expliqué:

—No tengo quién me apoye en el estudio.

Di media vuelta y me fui a callejear. No quería ver a nadie, no quería más consejos. Mi decisión estaba tomada. ¿Quedarme y dedicarme al vicio?, ¿quedarme y vender bolis en la esquina? No, no era lo mío.

Al menos *allá* iba a embolatar el tiempo. Me estaba volviendo de humor amargo, malgeniado. Hasta a mi abuela le empecé a contestar feo, ya ni me reconocía de lo altanero.

No tenía siquiera el aliciente de los gallos. El grupo guerrillero de mi tío había prohibido la entrada de niños y jóvenes a las riñas. Pero Julián y yo, estando él en vida, entrábamos colgados de su brazo. Era un orgullo. Desde que lo mataron jamás volví.

La imagen de mi tío que ahora más me llega a la cabeza es así: elegante, arregladito, talajao — como decimos en el pueblo—, de sombrero, botas, chaleco y su pistola; hablando recio, como alegando, con otros galleros, parándole bolas a la báscula donde pesan a los animales antes de la riña. En algún momento llegué a pensar: «Los gallos son lo único que le importa».

Tuvo un solo gallo. Peleó más de veinte veces hasta quedar tuerto. Entonces le sacó la raza y tuvo como cinco gallos buenos. Un señor le ofreció quinientos mil por él; no lo vendió. Lo dejó en el patio. Él mismo se encargaba de echarle el maíz, el agua. Hasta que el animal no aguantó más y se echó a morir.

«Uno tiene que gastarles tiempo a los gallos finos para ganar. Si no, pierde plata y pierde gallos», un dicho que repetía mi tío y yo no olvido.

SEIS

Empecé a organizar mi partida. Sabía que el camino hasta el campamento era largo y retorcido. Lavé unas viejas botas de trabajo y alisté una muda de ropa.

Mi abuela me seguía con la mirada. Con una ternura de esas que abrazan, me preguntó:

—¿Está seguro de lo que hace, mijo? Sin que yo le explicara, ya sabía mi destino; conocía como nadie mi situación crítica. Me dio alivio sentir el calor de su mano sobre mi hombro.

Le devolví una mirada cargada de cariño. Mientras me echaba la bendición, me regaló un consejo:

—En caso de peligro encomiéndose a la Virgen. ¡Ella me ha hecho tantos milagros...!

Y sin más, salió despacio al solar, rumbo a la enramada que servía de cocina. Era una mujer de movimientos lentos. Jamás se apresuraba.

El martes, como estaba ya dispuesto, me levanté temprano, mire las botas y dudé: «¿Me voy?». Pero no tenía otro camino que escoger.

Pasé por la escuela; justo ese día había empezado. Lo peor, decirle adiós a la profesora Elvira. Ella de verdad me quería. Era su mejor alumno, lo repitió muchas veces. Y muchas veces me atajó para que no me escapara a un trabajo y le diera largas al estudio.

En calificaciones fui siempre sobresaliente. Y brillaba en el deporte. Gané medallas por bueno. Estuve en el equipo de fútbol y, una vez, en juegos entre veredas, llevé la llama olímpica para encender el fuego en la escuela.

Corrí más de dos horas y llegué con ampollas de sangre en los pies. Culpa del calor del zapato y del piso. *Allá*, en las caminatas que duraban semanas, me ocurrió lo mismo: brotaban sin aviso las ampollas.

A Julián no le ocurría. Sus pies eran meros callos de tanto que anduvo descalzo.

—¿En qué fallé? —me preguntó en medio de un abrazo la profe.

No pude contestarle, aunque sabía la respuesta. Estaba roto por dentro. El corazón me pesaba.

Ella no tenía ni una pizca de culpa; al revés, se esforzaba por nosotros. En un solo salón atendía de primero a quinto de primaria. No sé cómo no se le enredaban las materias y terminaba explicando lo de unos a otros.

Nunca se quejaba. Ni cuando el camino se convertía en lodazal por la lluvia y patinaba en la moto en la que viajaba desde el pueblo donde vivía con sus hijos; casi dos horas de ida en la mañana y otras tantas de vuelta en la tarde.

Un día apareció con un mapa grande de Colombia, en colores. En una esquina tenía dibujado el escudo y la bandera.

—Lo busqué así, todo en uno, sale más barato —explicó sonriente mientras lo pegaba en la pared, al lado del tablero.

No fue lo único que compró de su bolsillo. Otra vez llegó toda embolatada con cajas y cartulinas enrolladas. Las abrió y descubrimos el remedo de un computador hecho con cartones.

—Ustedes no se pueden quedar atrás. Mientras llega uno de verdad, vamos a ensayar en este de mentiras.

Y lo plantó ahí en medio de la clase. Así aprendí, al menos, que el compu tenía una torre donde se prendía y apagaba; y, también, el orden de las teclas: las numéricas y las alfabéticas.

Allá me convertí en un duro. Estuve una vez a cargo del computador del comandante. Guardaba documentos, hacía hojas de vida, metía los nombres de los que ingresaban, los que morían o desertaban. La responsabilidad mía era mucha. Siempre lo tuve claro: primero hacerme matar que entregarlo.

Si escuchaba un ruido extraño, salía corriendo a enterrarlo en lugar seguro. Vivía alerta noche y día.

Y así, alerta, vi siempre a la profe después del susto que pasó recién llegada. Estábamos en clase. Había repartido ya las guías cuando se escucharon tiros al lado de la quebrada.

—¿De cacería a esta hora? —preguntó un poco extrañada. Y como si nada, siguió dándonos instrucciones para que manejáramos las guías con las que aprendíamos solos. Cuando el tiroteo se escuchó ya muy cerca, chilló—: ¡Es la guerrilla!

Nos ordenó tirarnos al piso. Pero todos queríamos salir corriendo. La profe abrió los brazos para atajarnos; los noté más largos, más fuertes. No lo logró. La empujamos, salimos en estampida y nos escondimos en una casa cercana. Nos quedamos quietos mientras las balas cruzaban por encima rompiendo el aire.

Allí, de casualidad, estaba Julián haciendo un mandado. Ni se mosqueó, no lo alteraban las plomaceras.

Al otro día encontramos la escuela con las puertas golpeadas y las sillas hechas pedazos. Hicimos una apuesta: ganaba el que amontonara más casquillos de balas; llenamos un balde.

Los ojos de la profe se pusieron renegros de la pura rabia. Se enredó tratando de explicarnos por qué ese no era un juego apropiado. No la entendimos, nos burlamos en sus narices.

Así, de un solo golpe, tuvo que aprender cómo se vive en un pueblo en guerra. Y cambió. Se volvió resabiada.

Se enculebraba cuando nos daba por jugar con pistolas de palo. Éramos expertos en hacerlas. Una puntilla hacía las veces de mira para fusiles y pistolas. Con lo que fuera, inventábamos proveedores. Limones y cabuya servían para remedar cinturones de granadas.

Simulábamos, por ejemplo, una toma guerrillera. Gritábamos:

—¡Muerto fulano! ¡Atrapé a mengano!

Yo analizaba: si por acá están haciendo bulla, me voy por el otro lado y acorralo al enemigo. Así me tocara andar mucho, los sorprendía por detrás para atraparlos desprevenidos.

Estos juegos, junto a todo lo que me enseñó mi tío, me afinaron el gusto por la táctica militar. Me estaba preparando, sin saberlo.

Tal vez por eso *allá* llegué a tener mando desde muy chino. A los 14 era jefe de cuadrilla: doce combatientes bajo mis órdenes.

—¿Qué tal que aparezca el ejército y piense que son guerrilleros de verdad? —nos decía la profe con una voz que, por más esfuerzo que hacía, no le salía enérgica.

La voz sí se le engruesaba cuando llegaban los armados y pedían permiso para entrar al salón, para quedarse a pasar la noche. Una vez nos mostraron las armas, nos las dieron para que las pulseáramos y luego preguntaron:

—¿Han visto a alguien del pueblo o a un forastero con armas parecidas o iguales?

Todos quedamos mudos, como si nos hubieran cosido la boca.

Como al año de estar con nosotros, una tarde, al terminar la clase, la profe nos pidió a Juan, a Jenny y a mí que la acompañáramos al campamento del ejército. Un teniente la había citado y no quería aparecer sola.

Caminamos tomados de la mano hasta la salida del pueblo. Allí, en un potrero, habían armado sus carpas, sus cambuches.

—Usted les enseña a esos niños el himno de la guerrilla. Apuesto a que no se saben el Himno Nacional —dijo de entrada, antes del saludo, el militar.

Ella apenas nos miró uno a uno. Entendimos: cantamos todito el Himno Nacional, así como lo hacíamos en la izada de bandera los lunes.

—Apuesto a que usted les enseña puro comunismo —reviró el teniente.

La profe, tranquila, ni subió el tono de voz:

—Teniente, puede ir y revisar los libros y los cuadernos que tenemos.

Aparte de las guías, había dos libros medio desbaratados y amarillentos, olvidados en un estante. Por curiosidad, un día los ojeé: la Constitución y un Código Civil, qué jartera.

Dos veces más la mandó llamar. Siempre fui con ella. Caminábamos en silencio por la calle larga, como si encabezáramos una procesión. Todos nos miraban, nadie se atrevía a chistar. Ni siquiera Julián se animó a unirse a nosotros.

Me sentía importante, orgulloso, responsable de lo que ocurriera. La última vez, el militar nos recibió con una pregunta:

—¿Dónde está la guerrilla? Usted y sus muchachos lo saben.

—Teniente, dígame una cosa: ¿si usted viviera en un pueblo como este, contestaría esa pregunta?

La mirada fija y arrogante del teniente se desinfló. No supo qué replicar.

—¡Váyase! —le dijo y agachó la cabeza, como avergonzado.

Ese día vi tan bonita a la profe. Delgada, morena, con su pelo recogido, como lo llevaba siempre que había o amenazaba lluvia. Y vi algo distinto, especial, en sus ojos de ardilla.

¡Esa profe! Aparecía el problema y ella se inventaba el remedio. Cuando empezó a entrar más seguido el ejército, la guerrilla minó muchos caminos. Entonces trazó en una cartulina el croquis del corregimiento. Pintó las casas, los ríos, las quebradas, los caminos. Tachó con rojo los sitios por donde no podíamos pasar. Luego escribió con letras grandotas: «Mapa de riesgo» y lo pegó en la pared, al lado del mapa de Colombia.

Memorizamos esta estrofa:

*Cuando vayas por un camino
no te vayas a orillar,
porque un objeto extraño
los pies te puede dañar.*

Ella nos enseñó a mirar señales en el suelo, nos enseñó a pisar de otro modo. Muchos caminaban desde lejos para venir a la escuela.

Todo esto se lo repetía yo luego a Julián. Como le gustaba andar solo, perderse por caminos, montes, cañadas, refundirse entre los árboles y quedarse ahí viendo los pájaros, escuchando sus cantos, no se enteraba del peligro. Creo que se comunicaba mejor con los animales que con los humanos. Una vez, lo juro, lo encontré sentado tratando de enseñarle canciones a un turpial.

Y fue por la profe que aprendimos a abrir bien la boca cuando aparecían esos aviones grandes que echan candela desde el cielo y hacen retumbar todo. Solo así se evita el dolor de oído.

Cómo la extraño. Ella bregaba para que ninguno se apegara a las armas, para que no nos enamoráramos de la guerra y para que buscáramos un futuro. Difícil. Uno desde muy niño solo ve uniformes y botas por todo lado.

No fui el único que le fallé.

SIETE

A mi mamá no pude ni hablarle. Se me formó como un nudo de lombrices en la garganta cuando fui a su casa a despedirme. Ella, como mi abuela, había adivinado mi destino. Vi sus ojos aguados, su cara descompuesta. Tragó saliva. No le salió ni una palabra. Me apretó contra ella, me zampó un beso.

Sentí que había escondido algo en mi bolsillo. Luego recostó en la puerta de la casa todo su desgano. Cuando llegué *allá* le di un vistazo al inesperado regalo: una oración y una foto añosa de ella.

Como estaba planeado, a la salida del pueblo me encontré con Mario. Ni nos saludamos. Íbamos achicopalados. Echamos a caminar ligero, así como lo hacía mi tío. Gastamos más de dos horas por un caminito estrecho y de piedra hasta llegar al río.

De ahí cogimos la carretera y en el segundo caserío arrimamos a la casa de una amiga. Nos dieron almuerzo, tomamos cerveza.

Casualmente era día de las madres y sonaba música de Darío Gómez. Casi nos ponemos a llorar cuando escuchamos *Una flor para mi madre*.

*Aquí en esta tumba
yo dejo esta flor
para que mi madre
se acuerde de mí...*

Y otra vez pensé: «¿Será que me devuelvo?». Todo se me antojaba feo, oscuro. No necesité compartir con palabras mi indecisión. En los ojos de Mario lo vi: no había vuelta atrás.

Seguimos adelante. Conocía de memoria el camino. Muchos fines de semana fui con mi tío de visita a ese campamento.

Para embolatar mis pensamientos, para que no se cayeran mis ánimos al piso, me puse a tararear:

—«Yo soy del pueblo. Yo soy del pueblo. Me tomo la palabra. Yo hablo por el pueblo...». —
Me la enseñó mi tío. Con frecuencia, sin buscarlo, empieza a sonar en mi cabeza.

Llegamos al anochecer. Antes de entrar me volteé, miré las huellas del camino. Nada que hacer: dos pasos más y estábamos adentro.

La primera mañana *allá*... mejor, los primeros meses, nunca podré olvidarlos. Un pitazo me despertó al otro día a las cuatro de la madrugada. Luego apareció el encargado de hacer las preguntas para la hoja de vida:

—¿Nombre? ¿Tatuajes? ¿Cicatrices? ¿Tiene familia o amigos en el ejército? ¿Algún pariente colabora con la guerrilla?

Cuando terminó, me mandó a la peluquería y a bañarme. Me tusaron.

Luego fui a la quebrada, al ladito del campamento, y me bañé. Lo hice en pantaloneta; me daba vergüenza quedarme en interiores como los demás. Sentí las miradas de las muchachas clavadas en mí; cuchicheaban en medio de risitas fastidiosas.

Los hombres se estaban afeitando. Pedí prestada una cuchilla y simulé hacer lo mismo. Da risa recordarlo: no tenía ni una lanita. Mi piel era suave, pareja, de niño de trece años.

A Mario, dos años mayor que yo, le dieron pronto un fusil AK-47. A los pocos días se lo pedí prestado. Lo cogí, lo desarmé, lo limpié y otra vez lo armé. Un mando que estaba al lado se quedó mirándome asombrado.

—¿Dónde aprendió?

No dije nada. Pero al rato me dieron fusil y revólver de dotación.

A la semana de estar *allá* me mandaron con Juan y con Verano a una avanzada. La tarea: prestar seguridad a un grupo grande que estaba en el pueblo, en reunión con la población civil.

En una tienda al lado del camino, en lo alto de una loma, nos sentamos en una banca recostada contra la pared de barro y pedimos cerveza. Nada de qué preocuparnos: ¡con semejante vista controlábamos el mundo!

No habíamos tomado más de dos sorbos cuando Verano señaló un palo de mango y preguntó con la voz cortada por el miedo:

—¿Esos que están ahí, debajo del mango cogiendo sombra, no son soldados?

—¿Dónde? —respondí y salté como un resorte de la banca.

Cuando volví la mirada mis compañeros habían desaparecido. Abajo, como a unos cien metros, adiviné sus sombras.

Eché a correr hacia el pueblo. En una esquina me salió un perro. Lo esquivé como pude. Aceleré el paso. Crucé por la plaza pegando alaridos:

—¡Corran! ¡Vienen los chulos...! ¡Nos van a matar!

La gente se dispersó. Seguí de largo. No esperé a nadie.

Llegué ahogado al campamento. Me regañaron.

—Los que corrieron primero fueron los otros. ¡Me dejaron botado! —alegué en mi defensa.

Entonces, los jodieron a ellos.

—¿Ustedes, que llevan más tiempo en esta vaina, cómo dejan solo al pelado? —les recriminó el comandante.

No recuerdo cuál fue el castigo que les dieron. Pero me lo cobraron entero.

—¡Chino cobarde! —me decían cada vez que se cruzaban conmigo. Me hicieron saltar la chispa más de una vez.

Menos mal, pronto nos trasladaron a distintos lugares. Era tiempo de elecciones, tiempo de quemar papelería electoral. Después de eso me asignaron a la cocina, me mandaron a ranchar.

—¡Compa, pele las papas! ¡Pele la yuca! ¡Pele los plátanos! —ordenaban los encargados de enseñarme a cocinar.

—Déjenme primero mirar cómo lo hacen ustedes —pedí haciéndome el humilde.

Me pusieron entonces a repartir la comida. Pero no pude escabullirme de la tarea de ranchero. Pasé días y días sentado al lado del fogón. El humo me ponía a llorar como nena. Me sentía aburrido, desganado.

Me inventé una disculpa:

—Es que sufro de los ojos, me hace daño el humo. —En balde, no se conmovió ni una pizca el comandante.

Me fue tan mal como cocinero que un día el almuerzo terminó en guerra de frijoles. Los dejé en remojo desde la noche anterior hasta pasado el mediodía. Pero no ablandaron. Quedaron como piedras, imposible pasar bocado.

No supe en qué momento empezaron a totear frijoles en las cabezas de todos. Los lanzaron a cucharadas hasta dejar limpios los platos. Castigo: cargar leña durante dos semanas.

Allá todo se paga. Tantico se aleja uno de las normas y ahí mismo lo joden. El coco es violar el régimen interno y pagar castigo: ranchar, cargar leña, hacer trinchera...

A los tres meses me llevaron al pueblo. Tenía ganas de plantarme frente a Julián, que me viera bien armado, pisando y hablando fuerte, ¡poderoso! Pero él no estaba, se había ido a trabajar en un cultivo. Corrí a la casa. Mi abuela me recibió con cara de espanto.

—Con ese poco de armas que lleva encima, me asusta. —Y se echó para atrás, como si fuera a explotar si me abrazaba.

—¡Alicia, Alicia! —gritó. Mi mamá, de casualidad, estaba de visita.

—Cómo ha crecido —dijo cuando asomó. Y yo, orgulloso. El fusil, sabía, me aumentaba en lo alto.

Cuando pasó el asombro, las dos preguntaron a coro:

—¿Está bien, mijo?

Y con miradas y manos, me tantieron. ¡Me revisaron para estar seguras de que estuviera completo! Así como se revisa a los terneros cuando nacen para tener certeza de que ojos, nariz, cola, todito esté en su sitio.

Después salí a lucirme por el pueblo. Llegué a la cantina, me recosté en el mostrador, miré para otro lado, carraspeé y pedí una cerveza tratando de imitar ese tono arrogante que tienen los que mandan.

El cantinero corrió a servirme. No me miró como a un culicagado. Con un arma podía hablar

duro, aunque mi voz chillona revelara mis años. Me quedó gustando.

Cada vez que bajaba al pueblo así, armado, me crecía el orgullo. Daba órdenes; hasta los viejos me obedecían. Me sentía importante.

OCHO

—Hoy tendrán una noticia que les va a gustar —anunciaron una mañana.

Estábamos reunidos en el patio de formación. Aunque ya sabíamos de tres ingresos, ni se me ocurrió pensar que uno pudiera ser Julián. Las últimas dos veces en el pueblo me lo había encontrado. Por la forma que me miraba, noté algo raro.

¡Qué alegría cuando lo vi llegar esa tarde! Yo ajustaba ya seis meses encampamentado. Le di un abrazo fuerte, como de árbol. Y supe: lo habían echado de la casa. La mamá levantó mozo y el hombre le cogió ojeriza. Llegó con otros dos conocidos. Siempre era bacano recibir a gente cercana.

Julián volvió desde ese día a ocupar su sitio en mi vida: ser mi sombra. Dormíamos en el mismo cambuche, entrenábamos juntos, salíamos a guerrear juntos. Le enseñé cómo andar en formación, cómo operar en diferente terreno, cómo cubrirse... Y compartí con él un secreto aprendido en seis meses de guerra:

—Uno debe querer y cuidar el armamento como si fuera la novia.

Es una ventaja frente al ejército. Ellos no lo hacen. ¡Qué fusiles pa cochinos! Con razón les fallan en el combate. Uno también cuida la ropa, la tiene bien pulidita, bien arregladita, para no verse como pordiosero.

Me dediqué a protegerlo, a taparle como fuera sus faltas. Porque la embarró más de una vez. Él, de disciplina, pocón.

Un día yo estaba encargado de hacer cumplir la guardia. Chequeaba que todo estuviera en regla y alertaba a los que seguían en el relevo de turno.

Cuando llegué a pedir novedades al puesto, no lo encontré. Pensé: «Hummm... este chino se voló. Ahoritica nos mandan a buscarlo para matarlo». La deserción, se aprende desde el primer día, es imperdonable.

Lo encontré tirado en un potrero, acostado, dormido, brazos y piernas abiertas, ¡el muy cómodo! Lo jalé del pantalón.

—¡Huevón! ¿Qué hace ahí? —le grité embejucado.

—Asoleándome, ¿no ve que hace mucho frío? —fue lo único que atinó a decir.

—Venga rapidito para acá, hermano, si lo pillan, lo amarran.

Si hubiera sido otro, de una lo hubiera mandado sancionar. Abandonar la guardia es un error muy grave. Se pone en riesgo a toda la unidad. Aparece el enemigo y es muerte fija: acorralados,

desprevenidos.

Cuando el oficial de servicio me mandaba a revisar a los de mi escuadra —que tuvieran los equipos completos y las caletas ordenadas—, yo repasaba bien por si Julián había dejado algo tirado. Y ocurría a cada rato; olvidaba las ollas, las medias...

Yo escondía lo que encontraba debajo de alguna mata y le reportaba al oficial con mi voz de obediencia:

—Todo en orden. Ninguna irregularidad.

Cada olla olvidada eran cinco o diez viajes de leña de castigo.

En clase era un lío: Julián se quedaba dormido. A mí también, a veces, me costaba seguir el hilo de la charla. La más jarta: Teoría de la Organización Política. Casi siempre nos ponían delante un man áspero, aburrido. Pero me gustaba cuando nos hacían entender a punta de ejemplos:

—El alcalde no está cumpliendo con nada. ¿Sí ven? ¡Ni para cuadernos en la escuela les ayuda a ustedes los pelados!

Cierto.

Al final de cada charla ponían música revolucionaria, música que incita. Una buena táctica. Mis preferidas: las canciones viejas, las que me recordaban a mi tío:

*Miro el agua de los arroyuelos
[tranquila al correr.
Se escucha entre el follaje a las
[aves trinar de alegría
y adivino el olor de flores que
[acaban de nacer.
Pero la miseria del pueblo, esa es
[la tristeza mía.*

*Lamento hasta la hora en que el
[mundo se nos dividió
para que entre los hombres
[tengamos ahora que pelear.
Para mí esto no es obra del diablo,
[tampoco de Dios,
que de la avaricia de unos canallas
[nazca la maldad.*

Con la necesidad que se ve en la vida en el campo, le pone uno cuidado a esas letras y

reflexiona: «Sí, es así, dicen la verdad». Pasaban los días y me empecé a mentalizar y a recordar más a mi tío. Miré de otra manera el porqué de la pobreza. Me nacieron como esas ganas de luchar, de mirar la realidad al derecho.

Tanto me mentalicé que una vez me mandaron a reemplazar al encargado de la charla política. Le metí ganas. Recalqué con fuerza qué significa colaborar con el enemigo. Lo hice rebien; tanto, que me asignaron un tiempo esa tarea.

Julián era distinto. En clase empezaba primero con los bostezos, luego cerraba por momentos los ojos. Al final se quedaba dormido. Si me daba cuenta que el comandante lo miraba, me las ingeniaba para sacarlo del embrollo. Tiraba adrede algo al piso, armaba un ataque de tos o hacía una pregunta con voz fuerte, como para levantar muertos.

Es que Julián no estaba acostumbrado al estudio. Nunca fue a la escuela, jamás le enseñaron nada en la casa. Mientras yo estudiaba, se la pasaba por ahí callejeando, cogiendo vicios. Desde chino, cada vez que podía, fumaba cigarrillo; siempre temí que aprendiera peores mañas.

En un tiempo me empecé en enseñarle al menos a leer, a escribir. En eso me ayudó la profe Elvira. Me regalaba hojas de revistas y de periódicos viejos y con ellas empapelé el cuarto donde dormía Julián con su mamá y su hermana. Le enseñé las vocales, las consonantes; luego, cómo sonaban cuando estaban juntas. Aprendió. Pero jamás logré entusiasmarlo con la lectura.

Lo de él era la música. Por eso *allá* se volvió experto en improvisar antenas para sintonizar emisoras en el radio. Desarmaba las esponjillas de lavar ollas, las Bom Bril, unía los pedazos de alambre como formando un cable y lo lanzaba a un árbol hasta que quedaba enredado en una rama. Luego le gastaba tiempo a buscar la frecuencia.

A veces lograba coger Rumba Stereo. ¡Esa sí botaba música buena! Pero lo normal era encontrar la emisora del ejército: «Desmovilízate, la familia te espera...». ¡Qué jartera! Nos tapábamos los oídos hasta que paraba la cantaleta.

Julián era también un gomoso del fútbol, como yo. Cada dos o tres meses nos dejaban jugar un partido. Y solo una vez pudo, a sus anchas, dejar al descubierto su amor por los animales.

No tener tiempo para encariñarse con ellos le dio duro, lo pateó. No es fácil hacer eso en medio de la guerra.

—Aquí no hay tiempo para pendejadas —nos repetían día y noche.

Esa vez domesticó un cusumbo, un animal trompudo que tiene la cola como anillada, gris y café. Lo enseñó a ir cargado en el hombro, pegado al chaleco.

Pero como son tan cansones esos bichos y se comen todo lo que encuentran, un día, aburrido, le di papas con picante. El pobre corría desesperado en busca de agua. Y yo en un rincón tirando risa. Ese día, creo, Julián me odió. Con razón: la embarré.

Sí, *allá* el tiempo para jugar se acaba. Nos tocaba inventar nuestras propias entretenimientos. Recién ingresado, cuando acompañaba al comandante al pueblo y él se iba donde las mujeres, lo esperaba en el hotel y me ponía a brincar en el colchón. ¡Me parecía delicioso! Como era tan

chino, nunca tuve colchón, siempre dormí en esteras.

Para Julián lo mejor era conseguir canicas cada vez que bajaba a un caserío. Llegó a tener más de treinta y las cargaba en el morral, no podía exponerlas mucho. Pero, un día, el comandante nos pilló tirados en el piso jugando piqui-cuarta. Se enojó:

—Ustedes por estar en esas les da pereza hacer la guardia. —Adiós canicas: nos las quitó todas.

Entonces nos quedó solo el cielo. Las noches de guardia nos embelesábamos mirando hacia arriba, esperando siempre una lluvia de estrellas. Bonito: están bien campantes en el cielo y, de repente, empiezan a caerse acá, allá, por todo lado. Imaginar que las atrapábamos y las guardábamos en el morral resultaba divertido.

En noches limpias de nubes, nos sentíamos viviendo en una carpa gigante repleta de luciérnagas. Mejor si estábamos en lo alto de una montaña; fantaseábamos: el que brincara más alto las podía alcanzar.

Yo trataba de ubicar siempre las estrellas que van como en fila y se abren en una especie de cometa. Forman la Cruz del Sur, sabemos los campesinos.

Sí, las estrellas nos hacían olvidar del trajín del día y dejar a un lado pensamientos amargos.

Y parecíamos bobos con la luna: ¡cómo cambia, cómo camina, cómo alumbra en el campo! Una noche, recuerdo, una nube oscura se puso a jugar con ella. No logré adivinar quién caminaba: si la luna o la nube. Pero en un momento la luna quedó convertida en el ojo de un águila. Así se miraba.

Así, amante de la luna, era mi tío. Cuando estaba llena, sacaba un taburete al patio y se quedaba horas mirándola errar por el cielo.

Nos aterraba, eso sí, distraernos demasiado y no pararle suficientes bolas a las señales de cercanía del enemigo.

—¿Y no es injusto que un niño que debe estar jugando y estudiando termine en la guerrilla o con los paramilitares? —le pregunté una noche estrellada a Julián. Estábamos de guardia. No logré sacarlo de su silencio. Respondí, como siempre, por los dos—: ¡Hay tantas injusticias, tanta crueldad con la gente humilde!

NUEVE

En el combate también fuimos uña y mugre. Julián era bueno haciéndome la segunda, pegado como mi sombra. Solo, creo, no hubiera hecho nada. ¡Con esa forma de ser él, tan atolondrado!

Por eso, pienso, jamás nos separaron. A ninguno de los duros se le ocurrió siquiera mandarnos a operativos distintos o trasladarnos al uno sin el otro. Fuimos una llave.

Y confieso sin remilgos: nos gustaba el combate. En el entrenamiento y en los enfrentamientos siempre nos destacamos. Él maniobraba mejor, ya fuera avanzando de frente, hacia atrás, de lado, retrocediendo.

Cuando llegaba la hora de pelear, brincábamos en una pata. Eso sí, desde que tuviéramos buen armamento. Al comienzo da cosquilleo pero, luego de sonar el primer tiro, pasa; uno se afiebra.

Yo tenía algo muy claro: uno puede ser muy pelión, pero no falta que por ahí una bala lo coja y lo vuelva nada. Eso se lo hice entender de entrada al Julián.

Temía quedar con las piernas partidas, sin un brazo... Prefería, mil veces, un tiro en la frente.

Llevaba siempre conmigo los papeles. Como los perdí recién llegado, cargaba en el bolsillo un laminado con el nombre mío, el número telefónico de un amigo del pueblo al que podían llamar y el nombre de mi mamá. Me encogía pensar que mi cuerpo quedara tirado, sin cristiana sepultura.

A Julián lo obligaba a mostrarme su tarjeta de identidad antes de salir a pelear.

Y salíamos con una idea fija en la cabeza: quitarle el fusil al chulo para adueñarnos de él, para ir cogiendo confianza. El arma del enemigo, aprendimos, es un trofeo. Es el reto, el objetivo. Como todos los pelados, lo tomábamos como un juego; brincábamos de la vida a la muerte sin siquiera darnos cuenta. En el entrenamiento nos animaban:

—¿Quieren un fusil Galil bonito, pata corta? ¡Tienen que ganárselo!

A un pelado le venden fácil esa idea. Echábamos pa delante sin pensar que arriesgábamos la vida. Éramos fáciles de encarrilar, funcionábamos como relojes bien afinados.

Terminamos creyendo que sin el fusil no éramos nada. Sin él nos sentíamos desnudos, achicados, desamparados. Por eso cuando a Manuel le ocurrió lo que le ocurrió, Julián llegó a preocuparme.

Un día entramos a un caserío en plan de hostigar el puesto de policía. No sé por qué al comandante le dio por dejar a Manuel en la retaguardia, vigilando al lado del cementerio. Lo alejaron del combate; desde ese sitio no era posible hacer tiros.

¡Me imagino la frustración tan tremenda! Regresó al campamento rebotado, alegó más de la cuenta. Le quitaron el fusil y lo mandaron de patrullero. Es como estar en el abismo y que llegue otro y lo empuje.

Fue la única vez que Julián cuestionó la decisión de un mando. Duró días huraño, cabizbajo. Entendí el mensaje de sus gestos, de su silencio. Me asusté. Tuve una certeza: no iba a aguantar la humillación si, por alguna razón, le quitaban el arma. En el pueblo siempre tuvo fama de ser un bueno para nada; sin estudio, sin trabajo fijo, apenas servía para los mandados. *Allá* despertaba admiración por ser como era de arriesgado en el combate. Combatía parado, como pocos.

Del tiempo que estuvimos juntos *allá*, lo que más nos llegó a gustar fue salir a pelear al mando de El Calvo. Él no ponía diferencias: todos hacíamos lo mismo, todos cuidando a todos. Era la chimba. Si podía, la víspera de un ataque programado —una emboscada, una toma, un asalto, un retén— compraba lo necesario para un piquete: carne, cervezas, guarapo.

Era su pensar: que las últimas horas la pasaran bien los que iban a morir. Al amanecer, nos despedíamos con abrazos apretados, con palmadas en la espalda, con un «nos vemos luego, pelado». Si volvíamos completos, pues bien. El que no regresaba, pues... ¡qué se podía hacer!

Pero nos embejucaba salir con mandos que, sin manejar una zona ni saber cómo operaba el ejército, mandaban a los muchachos adelante. Ellos se quedaban atrás, bracicruzados. Comenzaba el combate y se escondían. No ayudaban a nadie.

Eso me sacaba la rabia. La descargaba lanzando con furia piedras al aire.

¡Con poca munición mandaban muchachos al frente! Aventarlo a uno a pelear así es como mandar ganado al matadero. Yo vivía reprochando a los jefes esa actitud. Una vez lo hablé en voz alta:

—A ustedes los tiraron a que los mataran —dije recio al pasar al lado de un grupo que logró escapar de milagro de las balas enemigas.

Uno de los manes se desmoralizó. Me echaron la culpa y me llamaron a cuentas. La falta: desprestigiar al mando. Cargué leña y cavé trincheras varios días.

Yo, cuando tuve poder, actué distinto. Ubicaba a mis muchachos y luego buscaba dónde cubrirme. Es cuestión de conciencia, creo. Es como dar paso a las ambulancias en medio de un retén. Los actos humanitarios los hace uno porque le nace, no porque de arriba den la orden.

Aprendí a utilizar la autoridad, pero nunca para maltratar. Eso sí: toca ser un poco duro, mostrar don de mando. O si no, se pierde poder, se la montan a uno; «le soplan los mocos», como decía mi tío. Cuando veía un chino con flojera, si lo sorprendía en una falta, le ordenaba:

—¡Necesito para el mediodía tres viajes de leña! Los pica, los carga, los trae y se los entrega al ranchero.

Así despertaban, dejaban esa pereza, ese desgano. Reunía a mis hombres y mandaba a alguno:

—¡Lleve tinto al tercer puesto de guardia! —Si se ponía altanero y alegaba que quedaba muy

lejos, lo miraba fijo y ordenaba con una voz gruesa que hasta yo me la creía—: ¡Lleve también tinto al quinto puesto!

Ese sí quedaba lejísimos. Si volvía a la renegadera: que no sé qué, que sí sé cuándo, le daba la espalda, sacaba el cuaderno, el de anotar las faltas y, haciéndome el tontarrón, le soltaba:

—Si no quiere, no vaya.

Santo remedio. Contestaba apurado:

—No, no, tranquilo, yo voy.

Pero cuando se trataba de pelear, me portaba de igual a igual con mis hombres. Y Julián siempre estuvo ahí sirviéndome de escudo, dispuesto a dar la vida para protegerme.

Y se arriesgó más de la cuenta.

Un día tenía a cargo cuatro combatientes: Daniela, Christian, Rodrigo y Julián. Íbamos recochando cuando vimos al enemigo bajando por un camino. Ni manera de esquivarlos. Estábamos condenados a encontrarnos sin saber dónde ni en qué momento.

Pensé: «Esperan para totiarnos, como perros al acecho». Yo ubiqué a los míos. A Christian lo dejé abajo, en la primera curva del camino. A Julián le ordené:

—Métase usted acá. —Y señalé unos matorrales.

A la muchacha la dejé escondida más adelante. Yo seguí avanzando. Cuando me di cuenta, Julián iba detrás mío. Así fue siempre: si olía el peligro, no se despegaba.

Unas curvas más adelante vi clarito al primero: venía de frente. Lo paré a plomo. Julián me cubrió porque desde arriba del barranco empezó la lluvia de balas: ta-ta--ta-ta-ta.

Yo estaba embalado. Era él o yo. ¡Verraco!

Pero mucho más verraco ver caer a un desarmado. Una vez nos ordenaron a Julián, a Efraín, a Julio y a mí ajusticiar a un campesino. Alguien lo acusó de ser sapo, de irle con cuentos al ejército.

Cuando nos vio se sentó entre unas matas llenas de flores. Se achicó, suplicaba con sus ojos desorbitados. Movía los labios sin lograr pronunciar nada. Se le murieron primero las palabras.

Me sentí infeliz, el más cobarde de los cobardes. Quedé confuso, aturdido. Mantuve despierto hasta muy tarde. Esa noche hablé con mi tío, alma bendita. Le pregunté:

—¿Usted, allá en el cielo, piensa que esto es hacer justicia con los pobres? ¿Qué tiene que ver esto con su sueño de entregarles a ellos tierras, justicia, saberes?

Cómo me hubieran servido sus respuestas. Y la respuesta a otra duda que me atormenta desde niño y que le hice muchas veces a mi tío en vida:

—Cuando uno se muere, ¿a dónde va?

Luego soñé con el velorio de mi tío. El cuerpo desnudo cubierto con una sábana, sobre una mesa; a lado y lado, dos velones montados sobre canecas; y ahí pegados nosotros, los deudos: la abuela, mi mamá, la gente que lo quería en el caserío.

Pero el sueño se convirtió en pesadilla cuando el cuerpo sobre la mesa no era el de mi tío sino

el del campesino ajusticiado; y a lado y lado, mirándome con ojos ensangrentados de la rabia, la viuda, los huérfanos.

Me desperté sobresaltado. «En la guerra cada cual llora a sus muertos», me hubiera dicho mi tío para calmarme. Envidié a Julián: con esa forma de ser jamás se cuestionó nada. Desde ese día, órdenes que había cumplido sin remordimientos ni consideraciones comenzaron a inquietarme.

DIEZ

Pasábamos días y días sin acción, sin movernos del campamento; cargados de horas y horas vacías. Y me daba por pensar cosas que no debía, por hurgar en los recuerdos hasta hacerme daño.

Muchos momentos, en esos días sin nada, los compartí con Julián. Cerrábamos los ojos y empezábamos a enlazar historias de niños; era como un juego triste lleno de «¿Se acuerda?». Y salían a bailar los juegos, las pilatunas, las muchachas, los baños en el río...

Pero a veces me daba por pensar en mi mamá. Entonces me alejaba y por ahí refundido en alguna parte, solo, me dedicaba a mirar su foto.

Aún tengo la foto agarrada con un gancho a la oración que me dio el día que me fui para *allá*. Bajita, un poco gorda y de cachetes colorados; así es mi mamá. Siempre la he visto con más arrugas que años.

Es una mujer briosa, de esas que no se arreglan con cuentos, y de esas a las que la necesidad convierte en expertas en estirar centavos.

Cuando vivía con mi papá, conseguía lo del diario lavando ropas ajenas. Después trabajó en los cultivos y, al final, cuando regresó al pueblo, la veía pegada a la máquina de coser día y noche, noche y día. Pasaba semanas sin levantar cabeza.

La veo arrastrando el baúl con sus cosas: ropa vieja, el vestido dominguero, un radio de pilas amarrado con cabuyas para que no se desbaratara, unos rulos para alisarse el cabello y un espejo. Le gustaba mirarse, pero peleaba con su nariz larga, como ganchuda.

Y la oración se convirtió en el amuleto de Julián y mío. Nos hacía sentir poderosos en el combate. Antes de entrar en acción, buscábamos un lugar escondido, nos arrodillábamos y la rezábamos.

Yo, Jesús, tengo mil dificultades; ayúdame.

De los enemigos del alma, sálvame.

De mis dudas y penas, confórtame.

Cuando me desprecien, anímame.

De las tentaciones, defiéndeme.

En las horas difíciles, consuélame.

Con tu corazón paternal, ámame.

*Con tu inmenso poder, protégeme,
y en tus brazos, al expirar, recíbeme.*

Julián rezaba con más fervor. Cerraba los ojos, agachaba la cabeza y la repetía con voz clara y fuerte. Siempre fue así de devoto. Las pocas veces que iba el cura al caserío, él era el primero en llegar a la iglesia. Se ofrecía para barrer, para limpiar el polvo y las telarañas acumuladas entre visita y visita.

Andaba con un escapulario amarrado en uno de sus tobillos. Con tanto sudor, con tanta pasadera de ríos y quebradas, se fue deshaciendo. Al final, casi deshecho, parecía una hilacha.

Los recuerdos de mi hermano también me atropellaban. Jamás fuimos compinches, no éramos cercanos. Al poco tiempo de llegar mi tío a la casa, él se largó y solo volvió cuando mi mamá regresó al pueblo. Se instaló en su casa.

Repasaba y repasaba, tanto que a veces me hacía daño, los detalles de la última vez que nos vimos. Fue justo cuando salí unos días para curarme de una herida que me gané en un estúpido accidente: una pierna me quedó bloqueada en un hueco. El dolor fue tremendo, pero tocaba hacerse el macho.

Fui al mando y conté lo que me había pasado; no me pusieron cuidado, me echaron a madrazos.

—¡Usted siempre haciéndose el enfermo!

Pero como seguí cojeando me sacaron para el pueblo. Pasé dos días y dos noches tirado en la cama. Cuando me recuperé, emprendí camino. No me gustaba quedarme quieto.

En el cruce de la Virgen me encontré a mi hermano. Estábamos charlando cuando me interrumpió azarado:

—¿Esos, allá abajo —dijo señalando unos bultos—, no son del ejército?

Miré. Eran como cincuenta y estaban a unos cuatrocientos metros de nosotros.

—¡Ábrase! —le ordené. Dejamos la conversación a medias. Cada uno agarró su camino.

Me escondí detrás de unos matorrales hasta que un conocido me dio un aventón. Me dejó en la casa de una tía. De la carrera, del susto, me volví a enfermar. Tuve que descansar un día, estaba indispuerto.

Ahí me llegó la noticia de la detención de mi hermano. Él descansaba tranquilo en la casa de mi mamá. Llegaron los soldados, preguntaron por mí, y como nadie dijo nada, le echaron mano.

Mi mamá trató de evitarlo. Lo agarró de la camisa y gritó como loca, me contaron.

—¡Por Dios, no se lo lleven, él no está metido en nada raro! —suplicó hasta que se lo arrancaron de las manos.

Pero claro, no podía decir que yo había pasado en el pueblo dos días y sus noches. No me podía delatar. Soy su hijo. No es que a ella le guste la guerrilla; no, lo tengo claro.

Salí corriendo. Por donde andaba miraba ejército. Cogí un bus. Cuando entramos a un caserío,

los vi en la plaza.

—Señores, buenas tardes. ¿Se bajan para una requisa?

De un golpe, mi camisa quedó enjuagada en sudor. Casi me desplomo cuando vi un soldado que me distinguía; era del pueblo. Es que, como decía mi tío: «En este rincón de la montaña, olvidado hasta del diablo, hay abono de sobra para hacer crecer la guerra. A unos les dio por ser soldados, a otros paras, a otros guerrillos...».

—Usted es de La Unión, ¿verdad? —me dijo de una.

—Sí —respondí. Se me atragantó ese «sí» en la garganta.

—Y, ¿qué está haciendo este año?

—Pues trabajar, porque no hay más que hacer —respondí.

Me golpeó con una mirada resabiada, pero me dejó seguir. Demoré unos minutos en coger de nuevo alientos.

—Perdimos la tierra —le dije una de esas tardes de melancolías a Julián.

Fue una de las pocas veces en que sentí que entendía el tamaño de mis palabras.

—Sí —me dijo—, jamás podemos volver al pueblo. Siguió arrancando pasto y se enroscó de nuevo en su silencio. Estábamos tirados en un potrero, había llovido y estaba húmedo. Descansábamos después de la agüepanela y el plato de lentejas.

Empecé a masticar hojas de pasto. Lo hacía despacito, para embolatar ese silencio largo. Teníamos noticias, graves y frescas. Los paras habían llegado al pueblo para quedarse. Mataron a su antojo, quemaron casas, se instalaron en lo poco que quedó en pie. Lo convirtieron en un lugar impensable para nosotros.

Cuando Julián por fin salió de su concha, nos acordamos de las abuelas, de las mamás. Casi nos da la lloradera.

De la muerte de mi abuela me enteré por casualidad, tiempo después de ocurrida. Fue un día que me dejaron bajar al pueblo, como premio por una pelea en la que golpeamos duro al enemigo.

Llegué de noche. El cielo estaba cerrado, no había ni luna ni estrellas. Pero era experto en andar a tientas. La situación no estaba fácil. Busqué a Luis, un miliciano. Cacareé como gallina de monte frente a su puerta. Era el santo y seña.

Nos abrazamos, hablamos de todo un poco y al final le pregunté por la abuela. Sabía que estaba enferma. La cara de Luis cambió, se descolgó. Le vi pintada la mala nueva. Me puso la mano en el hombro, bajó la cabeza y me soltó:

—Murió hace tres meses, ¿no le habían contado?

Casi me desmayo. Me sentí traicionado. ¿Por qué nadie me había avisado? Me dejé caer en una silla, me tapé los ojos para atajar las lágrimas y cuando la sangre me volvió al cuerpo, sin decir nada, salí de la casa.

Fui al cementerio, busqué su tumba. ¡Me dolió tanto no ver siquiera una flor marchita...! Me

acurruqué, me quedé hablando con la abuela hasta el amanecer.

Le conté de mi vida en el monte, el largo rosario de preocupaciones. Al amanecer, el viento me golpeó con fuerza en la cara. Debió ser ella que vino a decirme que estaba ahí, que había escuchado todas mis quejas.

La mamá de Julián también había muerto hacía poco. Males de la cabeza, primero, y luego males de los huesos que no la dejaron en paz. Tampoco pudo ir a verla; ni al entierro, ni siquiera pudo despedirla en el cementerio.

Por eso, esa tarde de nostalgias, se nos clavó la espinita de visitar a nuestros muertos.

Días después, en una tarde de borrachera, nos la pasamos planeando cómo hacerlo, cómo llegar al cementerio, cómo llevarles flores a mi abuela y a su mamá. No lo veíamos difícil. Iríamos de noche, de civil, desarmados.

Ingenuos; como si nadie nos fuera a reconocer, como si los paras no tuvieran más de mil ojos para ver y muchos brazos para matar.

Y sellamos una promesa, un juramento, pues el trago espantó esa noche los peligros, los miedos. Hicimos una maqueta, como las de labores de inteligencia. El plan quedó claro: entrar por la loma, bordear los potreros de la casa de la vieja Juana y caer al cementerio.

Es una deuda pendiente con Julián. No sé aún cómo llevar escondidos, sin magullarlos, los ramos de rosas rojas que soñamos esa tarde para adornar las tumbas.

ONCE

«¿Y esa qué hace aquí? ¿Qué hace aquí una niña como ella?», nos preguntamos con la mirada Julián y yo cuando vimos llegar a Matilde al campamento.

Era menudita y hasta bonita con su pelo encrespado. Tenía apenas doce años. Imposible imaginarla boleando machete, rajando y cargando leña, yendo en la primera fila de combate.

La conocía mejor que Julián; también iba a la escuela. Entró a primero cuando yo estaba en tercero. ¡Nos burlábamos tanto de ella! En los actos culturales era incapaz de pararse frente a todos y decir una frase entera. No le salían las palabras. Se echaba a llorar.

Era la tercera de cinco hermanos. Las pocas veces que nos sinceramos me confesaba el mismo sueño: vivir en una casa bonita con mamá y hermanos. Al papá siempre lo borraba, con razón: era malo, muy malo.

La mamá era toda buenecita; aguantaba al papá porque estaba enamorada y le tenía miedo. Un día Matilde la arrinconó: «O se va mi papá, o me voy para la guerrilla». La mamá no le creyó.

Matilde, además, quería probar si era bueno. Como a muchos en el pueblo, le atraía el uniforme, las armas. Una sola cosa la frenaba: desde pequeña le tuvo pavor a los muertos. Cuando había uno en el pueblo, se metía debajo de la cama o se escapaba al monte mientras pasaba el miedo y la novelería.

Sin que nadie lo notara, yo hacía lo mismo. Siempre les he tenido respeto a los finados. En cambio, Julián era el primero en correr a mirar todo lo que había pasado.

A ella, pobre, con oír que mentaran las palabras *difunto*, *muerto*, *finado*, le daban una especie de ataques, sentía una borrachera, pensaba que iba a caerse. Por eso le ocurrió lo que le ocurrió en su primera noche de guardia.

En el lugar donde debía permanecer en alerta habían enterrado el día anterior a una guerrillera. Un consejo de guerra la había condenado por infiltrada.

Ella empezó tranquila la tarea; trataba de pensar en otras cosas. Pero cuando ya estaba bien oscuro, le agarró esa borrachera... Salió corriendo; del afán botó la linterna, no se acordó de la trinchera, se enredó, dio una voltereta y cayó de narices.

El castigo fue repetir al día siguiente la guardia. Matilde no sabía que así era la guerrilla. Mantenía ofuscada. Acostumbrada a andar en el pueblo, tuvo que aprender de golpe que la naturaleza es bullosa. Las martejas asustan en la noche, chillan como humanos. Si uno no las distingue, piensa que es la muerte que se le viene encima.

Poco a poco, tanto oficio, madrugar, andar, los combates, el susto a los helicópteros disparando desde el cielo a la marrana —como llamábamos a los aviones cañoneros— la desmoralizaron del todo. Lloraba al escondido.

Al comienzo, hasta Julián se burló de ella porque el uniforme le quedaba grande. Le tocaba arremangarse el pantalón y la camisa. Como el fusil también le quedaba grande, le entregaron una Mini Uzi.

No mucho después le dieron un fusil, de esos largos. Lo paraba al lado y le daba más arriba de la cabeza. El primer día de polígono lo aseguró, disparó y el golpe la botó para atrás.

En tres ocasiones seguidas la tiró al piso; por fin, aprendió. Al poco tiempo le cambiaron el arma. A ella no le gustó. Pero no dijo nada. ¡Era tan tímida! Le daba tembladera de piernas cuando, por violar el reglamento interno, la obligaban a hacer autocrítica frente al pelotón.

En el entrenamiento pasó ocupada, embolada a todo momento. Siempre pensamos que desfallecería en medio del correcurso: formación, trotar, correr con el fusil, desayunar, lavarse los dientes a la carrera, armar y desarmar los fusiles, conocer todo tipo de armamento, entrenarse para andar de noche, caminar horas y horas con los ojos vendados y el equipo cargado de remesa...

No sé cómo logró pasar las maniobras más complicadas: traspasar minados, hacer avances sin ser detectada, practicar tácticas de asalto, saltar alambrados, cruzar caños... Julián muchas veces se las ingenió para estar ahí, para darle la mano sin que nadie lo notara.

Fue la manera que encontró para expresarle su cariño. Jamás le confesó —a mí tampoco— que en las noches suspiraba por ella y que se volvía más torpe cuando la veía acercarse con su cabello largo, crespo y sus ojos medio amarillos.

¡Cómo me hubiera gustado hacerle cuarto! Igual que lo hacía él conmigo cuando quería arruncharme con una compañera al escondido; porque *allá* hasta el amor tiene sus reglas y sus castigos. Se arrinconaba en la caleta y se quedaba quietico mientras yo estaba en mis cosas. Solo una vez se impacientó y me dio codazos en la espalda para que terminara ligero.

Lo que sí hice por él fue programarle turnos de guardia en la noche con Matilde. Pero jamás pasó nada. Ni un beso pudo robarle.

Ella cada día estaba más distante, más arisca, como mula briososa. Con una carga de diez kilos a las espaldas —su capacidad no daba para más—, una sola granada de mano y una docena de balas, Matilde caminaba refundida entre guerrilleros grandes con morrales de más de veinte kilos, granadas en los chalecos y treinta tiros colgados en la riata.

Se empezó a arrimar a los duros, a los que le llevaban más de quince años en la guerra. Eso, aprendió rápido, da ventajas.

Pasaron los meses y el uniforme, hecho a su medida de niña, le fue quedando cortico. Se fue poniendo más bonita, flaca, bien entalladita; el cabello, largo, le llegaba a media nalga. Dejó de ser la mascota del grupo. Pero no alcanzó a cumplir los dieciséis. La mandaron a hacer

inteligencia y ahí la agarraron.

Menos mal Julián no vio lo que le ocurrió. Es duro ver morir a los que uno quiere, a los amigos de gallada.

Para mí lo peor fue ver caer a Roberto, un parcerero. No sé qué le pasó. Se quedó paralizado, como esperando las balas en medio de una emboscada.

Todavía lo veo subiendo y bajando montañas, bamboleándose de aquí para allá, porque tenía una pierna más larga que la otra. Cuando murió, tenía mi edad: diecisiete.

DOCE

Si miro para atrás y hago cuentas, desde el segundo año de estar *allá*, de cuando en cuando se me atravesaba la idea de volarme. Casi a la par empecé a tener una misma pesadilla: me veía lanzando una granada en medio del campamento. Los sobrevivientes me perseguían para matarme; y cuando trataba de defenderme, justo en ese maldito momento, se me trababa el fusil. Me despertaba sudoroso y tembleque.

Allá, cuando empiezan a notar la desmoralización le ponen a uno un perro detrás, un compañero para vigilarlo, para acusarlo. Y a mí, a ratos, una tras otra desgracia me hundían en un desánimo insuperable. Aprendí a disimularlo.

Siempre fueron como oleadas que iban y venían. Después de cada recaída, volvía y me acomodaba en la guerra. Pesa eso de tener comida y dormida asegurada.

Pero las cosas cambiaron. Un día nos anunciaron un traslado a Julián y a mí. No quería irme, estaba enamorado y amañado en ese lugar, vivíamos tranquilos. Me dio piedra. Busqué el modo de bajar al caserío a desahogarme.

Teníamos un pacto con la policía del municipio: nosotros no destruíamos el pueblo, y llegara lo que llegara de plata, no la tocábamos. Ellos, a cambio, no nos atacaban y nos pasaban munición. Un pacto directo con el comandante del puesto. Le metimos terror, arreglamos por las buenas o acabamos con todo. Aceptaron la convivencia: ellos en la cabecera, nosotros en el corregimiento.

Eran jóvenes, como nosotros.

Por eso con Julián entrábamos campantes al caserío, en moto o a pie, y nos quedábamos horas coqueteando frente al colegio de mujeres. Uno, uniformado y armado, tiene éxito, lo persiguen.

Iba bien arregladito, talajado, como mi tío, con pistola, fusil, radio de comunicación. Entraba, armaba conversa con los profesores y no faltaba la china que se asomara.

Así conocí a Mayerly. Cuando la vi se me vino a la cabeza lo que mi abuela me repetía: «El amor es algo notable; es algo que nace en la vista y dentro del corazón».

Y eso me pasó cuando la miré: sentí un cosquilleo que me subió por el cuerpo y me coloreó las mejillas. Cada vez que podía estaba con ella.

Ese día la busqué. Estuvimos tomando, me emborraché. Bailamos apretaditos. Ya lo sabíamos hacer sin que el fusil nos estorbara. Sentía que la quería y ella me correspondía. Se me arrimaba y ya bien pegadita a mí me decía al oído:

—Te espero.

Yo la miraba como diciendo: estás loca, pueden ser muchos años. Entonces, ella cambiaba la propuesta:

—Deja que me vaya contigo.

Jamás lo hubiera permitido. Ese día repetimos el mismo diálogo. Se nos había convertido en un juego. Y siempre terminaba en lo mismo: ella enculebrada conmigo.

No fui capaz, esa tarde, de contarle lo del traslado. ¡Y pensar que fue la disculpa que me sirvió muchas veces para quitarme peladas de encima!

Cuando me despedí, me dio una carta. El sobre tenía una foto de ella pegada con un alfiler. Estaba escrita en un papel brillantico, bonito, de varios colores.

Regresé por la tardecita al campamento y me puse a leerla. Y unas frases me quedaron clavadas como mala espina: «La guerra no es un juego de niños. ¿Tienes motivos para estar en ella? ¿No has pensando dejarla?».

Yo miraba, leía y releía. Y volvía a las mismas frases. Me entró una vaina rara, me entró la pensadera y la preguntadera: ¿me estaba quedando sin motivos? Me asusté: ¿será que nunca los tuve? ¿Si me quedaba, la maldad se me metería del todo en el alma como aseguraba Mayerly? Duré días alterado, desconcertado.

Hasta que una noche de insomnio, en la que sentí minuto a minuto la compañía de mi tío, la vi clara: quería salir con vida de la guerra. Fue como si él me soplara la respuesta a tremenda encrucijada: había llegado el momento de dejar las armas.

Cargué esa angustia varios días, armé y desarmé planes hasta que se dio un papayazo y lo aproveché.

Fue un miércoles. Como amanecer en día de tormenta, el aire se sentía cargado de amenazas. No sé por qué ese día no hice caso a esas señales del cielo. Quizás porque nunca he sido tan agüerista como mi tío. Él se pegaba mucho a esas suposiciones: creía que ese pájaro que llaman trespies aparecía para anunciar una muerte cercana. Cargaba en la billetera tres plumas de ese animal. «Para hacerle la contra», decía. Para él, el cucarrón era señal de mala energía. Le huía.

Yo estaba de oficial. Entre otras cosas, decidía a quién le tocaba la guardia, quién hacía de comer. Puse a Julián en el primer turno. Y a las ocho de la mañana le dije a Miguel, el segundo al mando:

—Como de todas maneras yo voy de traslado, voy a ver si me echo la ida hasta donde Mayerly para despedirme.

Como le vi la cara de desconfiado, le pasé la mano por el hombro y con voz cómplice casi susurré:

—Usted entiende... ya no voy a volver por acá, hermano...

Allá uno trata de manejar lo que es saber vivir entre cuadros. Nos hacíamos pasito, nos ayudábamos; sobre todo, en asuntos de amor. Si alguien le niega un favor, uno carga por dentro

esa faltoneada hasta que llega el momento de echarlo al agua, de cobrar.

—¿Y a quién se va a llevar? —me preguntó.

—Pues no sé —dije como si no lo tuviera claro, como si no supiera de antemano lo que me iba a preguntar y no tuviera la respuesta preparada. Entonces me arriesgué a decir—: Usted verá a quién...

—¿Quién prestó guardia ya?

—Pues Julián —dije volteando la cara para que no notara lo turbado que estaba.

—Entonces llévese al chino.

El corazón me hacía toc-toc-toc... Pedí un revólver para él, yo cogí la pistola y dos granadas de mano. Ya listos, hablé duro para que todos oyeran:

—Bueno, nos vamos. Más rato nos vemos.

A unos sesenta metros del campamento decidí que era el momento adecuado para contarle a Julián mis planes.

—Yo me voy, hermano.

—¿Qué? ¿Para dónde? —me respondió Julián atortolado. Vi sorpresa en su cara. Lo había cogido cortico.

—Hermano, me voy a volar.

—¿Verdad? —dijo incrédulo.

—Sí, me voy —repetí.

—Ah... pues entonces yo también —dijo. Y el sorprendido fui yo. Me dio alegría, descansé.

Él no planeaba volarse. Cuando yo le comentaba mis angustias, me escuchaba callado. Chupaba ramitas o se limpiaba las uñas, como ido. Estaba como acostumbrado a esa vida. Sin estudio, es más fácil resignarse. No se está preparado psicológicamente para actuar distinto, para salirse del rebaño.

Le detallé los planes en voz baja, como si alguien nos escuchara:

—Vayámonos despacio hasta el filo. Ahí nos espantamos a correr.

Así fue. Apenas llegamos, los que arrancan. Y, sin parar, fuimos a dar a la casa de Mayerly. Le conté a la mamá que íbamos volados. Le pedí que nos colaborara consiguiendo un carro.

Se puso transparente, como veladora de muerto. Después de varios peros, aceptó ayudarnos. Antes de salir a hacernos la vuelta nos soltó un embuchado. Estaba muy preocupada por nosotros. Le molestaba vernos humillados, tratados a las patadas por el comandante; un tipo hosco, duro. Se lo cruzó muchas veces, cuando él bajaba con nosotros al caserío.

El man nos echaba en cara hasta la comida, nos mantenía entre ojos. Se enfadaba y la emprendía contra todos. Le gustaba vivir bien, manejar plata, carros buenos. No era que nos echara madrazos todo el día, pero vivía ofendiendo.

—¿Quién los mandó venirse para acá? —alegaba ante cualquier reclamo. Como tenía su moza en el pueblo, se iba y duraba hasta tres, cuatro días; y nosotros, solos.

—Prefiero visitarlos en la cárcel a verlos por ahí muertos —nos dijo mi suegra y nos acomodó dos palmadas en la espalda.

No se había atrevido a decirlo antes por temor a que la sapeáramos. Así es la guerra. No se puede ir abriendo la boca ante cualquiera, por más amigo que parezca.

Yo tenía ropa de civil. Cargaba botas Brahma como las de mi tío. Julián también tenía ropa de civil, pero andaba en botas de caucho. A la primera oportunidad, me bajé del carro y le compré unos zapatos.

En esos días andábamos de finanzas. Yo cargaba sesenta, setenta, ochenta millones de pesos en un bolso pequeño. Ni para dormir me lo quitaba de encima. Nunca pensé: «Me voy con esta plata». La entregué antes de salir.

Me llevé lo que mantenía en el bolsillo: unos ochocientos mil pesos. Suficiente para alcanzar la meta.

Ya íbamos lejos, lejos, por un camino todo embarrado. Ya respirábamos tranquilos. Nos sentíamos libres cuando oímos el motor de un carro. Nos seguían. Quedamos paralizados. Eran ellos.

—¿Dónde están esos hijueputas, malparidos, para matarlos? —gritaban.

Nos fuimos achicando en el asiento. Sudábamos. El carro casi se atasca en un barrial. En una curva logramos sacar ventaja. Yo me tiré del carro, me metí en un matorral, me eché como muerto en el suelo. Me quedé quietico. Me tuve que morder los labios para parar la tembladera. Oí la orden:

—¡Quietos!

Los lamentos del conductor:

—A mí me obligaron... No, no sé nada.

Y la interrogadora:

—¿Dónde está el otro hijueputa?

Me imaginé la escena: al grito de «¡quieto!», más de un fusil debió apuntar a la cabeza de Julián. Y él ahí, con la boca amarrada, sin decir nada... Pero los golpes lo hicieron hablar. Repitió varias veces lo mismo:

—Él se abrió allá arriba... No sé qué camino cogió. —Luego se metió en su coraza. Como tortuga.

Al final oí el ruido del carro al alejarse. Dejé pasar un tiempo. Temí que alguno se hubiera quedado a husmear. Me levanté, seguí mi camino; agallinado, arrugado.

Lo traicioné, lo abandoné a su suerte; él, en cambio, firme. No me delató.

TRECE

Llevo meses en esta ciudad. Me pierdo, me falta el aire. Debo prepararme porque no es fácil, dicen, volver a la civil después de años enmontado.

Una de las pocas cosas que me gustan en esta nueva vida es plantarme frente al mapa de Colombia, pegado en una pared del salón de clase, mirar detenidamente y soñar. Escaparme por momentos a un río, a una montaña. Extraño la tierra, extraño la alharaca de los pájaros en la tarde, cuando pasan en bandadas a buscar dormida. Qué rico sería empaparme de ese sereno dañoso que cae, del mismo que huía mi abuela para no resfriarse.

Miro ese mapa y voy diciendo: «Julián y yo estuvimos acá; conocimos por allá...». Atravesamos cordilleras. Supimos lo que es andar por el puro filo, viendo valles a lado y lado o caminos que se descuelgan como cascadas, mientras el viento silba y golpea la cara. Caminamos también en el llano y en la selva, oscura, como si el sol se hubiera apagado.

Una vez, navegando selva adentro, nos encontramos de frente con una nube de mariposas de colores. Eran tantas que tocaba andar despacito para no estrellarlas y no hacerles daño. Nunca había visto tantas juntas y tan bellas. Formaban como racimos. Julián las miraba boquiabierto.

A mí lo que me dejó siempre boquiabierto fue ver esos jardines completos de hortensias que encuentra uno en marchas por la montaña. Se mira mucha flor grande; forman tapetes gigantes.

En todo lado anduvimos juntos. Muchas veces hambrientos, mal dormidos, sudados y oliendo a mil demonios; o empapados, bregando a que el viento nos secara al menos camisa y pantalón, sin ganas de andar de puro agotados, desesperados. Nos dolía hasta la sangre.

Sumando las veintiséis granadas obligatorias en la móvil, el equipo y el fusil, cargábamos veinte kilos. Debe ser por eso que ahora me duele todo el cuerpo y los calambres no me dejan estar sentado. Me siento descuajado, con el cuerpo desarreglado; como si tuviera dividida la columna, como si cargara algo ahí, clavado.

En algunos lugares caminábamos tranquilos, teníamos mucha gente conocida. Lo riesgoso era hacerlo en zona extraña, plagada de enemigos. Verraco las veces que pasamos atrincherados con los aviones encima, disparando desde el cielo, zumbando como abejorros y formando ese estruendo de silbidos poderosos clavándose en la tierra. Y nosotros ahí calladitos, casi resignados, esperando el turno de la muerte.

Hablo poco. El sicólogo se queja. Sabe que guardo algo gordo y le huyo. Quisiera desahogarme, contarle que no logro deshacerme de las imágenes de lo que debió ser el final de

Julián.

Él, con las manos amarradas a la espalda, y atado a un árbol. Él, cabizbajo, con la mirada pegada al suelo. Veo sus ojos achinados, su pelo renegro y sus manos grandotas mojadas de sudor. Veo su cara como de cera, petrificada, sin dejar asomar en sus ojos, ni en sus gestos, rabia, pánico, dolor.

Y oigo clarita la sentencia en el consejo de guerra que le montaron por desertor. Después escucho los disparos; reales, como si me reventaran por dentro. Y la última imagen, porque siempre me llega igual: la pata del arcoíris sobre el cuerpo vacío de Julián.

Intento salir de esta pesadilla. Cierro los ojos y pienso con fuerza en mi sueño —«Así, decía mi tío, se atraen con la mente los buenos deseos y se espantan las angustias»—: Yo, dueño de un pedazo de tierra en la montaña; bonito, con agua por todo lado, para no andar de tumbo en tumbo como le tocó a él: andariego, recoja un día café, otro algodón —«Toca madrugar, me contaba, para coger la mota cargada de rocío de la mañana; así pesa más»—.

Yo, convertido en un hombre que presiente los peligros y se escabulle a tiempo, como hacen los animales.

Yo, parado frente a un espejo, mirándome vestido con camisa de manga larga; mermándome la barba con tijera, como lo hacía él.

Yo, cargando todo el día un bolso con las cosas importantes: un espejo, una peinilla, cigarrillos y una Biblia pequeña para rezar el salmo 91, como lo hacía mi tío cuando se sentía desprotegido.

Sí, como él.



«Las noches de guardia nos embelesábamos mirando hacia arriba, esperando siempre una lluvia de estrellas. Bonito: están bien campantes en el cielo y, de repente, empiezan a caerse acá, allá, por todo lado. Imaginar que las atrapábamos y las guardábamos en el morral resultaba divertido. Sí, las estrellas nos hacían olvidar del trajín del día y dejar a un lado pensamientos amargos»

Como muchos niños campesinos en Colombia, el anónimo protagonista de esta historia crece en medio de la guerra y la precariedad. Su tío será su mentor y su maestra, su madrina. Pero cuando el tío muere y el joven no ve cómo continuar sus estudios, toma —no sin resquemor— el único camino que le queda: unirse a un grupo guerrillero. Su mejor amigo, Julián, quien vive una situación aún más apremiante, sigue sus pasos y termina haciendo el mayor sacrificio que una amistad en la guerra puede exigir.

En *Era como mi sombra* el lector se internará en un relato poético, contundente y desgarrador sobre las infancias vulneradas por el conflicto armado. Pero, más importante aún, será testigo de una amistad poderosa, capaz de burlar la muerte y vencer a cualquier ejército..



PILAR LOZANO

Es periodista, escritora de literatura infantil y juvenil y promotora de lectura y escritura. Durante dos décadas fue corresponsal en Colombia del diario *El País* de España. Ha publicado más de veinte libros, entre ellos, *Colombia, mi abuelo y yo*; *Así vivo yo*; *Turbel, el viento que se disfrazó de brisa*; *Socaire y el capitán loco*; *Crecimos en la guerra*; *Historias de un país invisible* y *La historia, los viajes y la abuela*. Su novela *Era como mi sombra* fue incluida, en 2016, en el catálogo White Ravens de la Internationale Jugendbibliothek, la mayor biblioteca de literatura infantil y juvenil del mundo.

Fotografía de la autora: © Aitana Aguilera



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Era como mi sombra*

Primera edición: enero de 2023

© 2015, Pilar Lozano

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.

Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia

PBX: (57-1) 7430700

penguinlibros.com

Ilustración de cubierta: © Santiago Guevara

Diseño de cubierta: @ Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-628-9535-70-9

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Era como mi sombra

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos